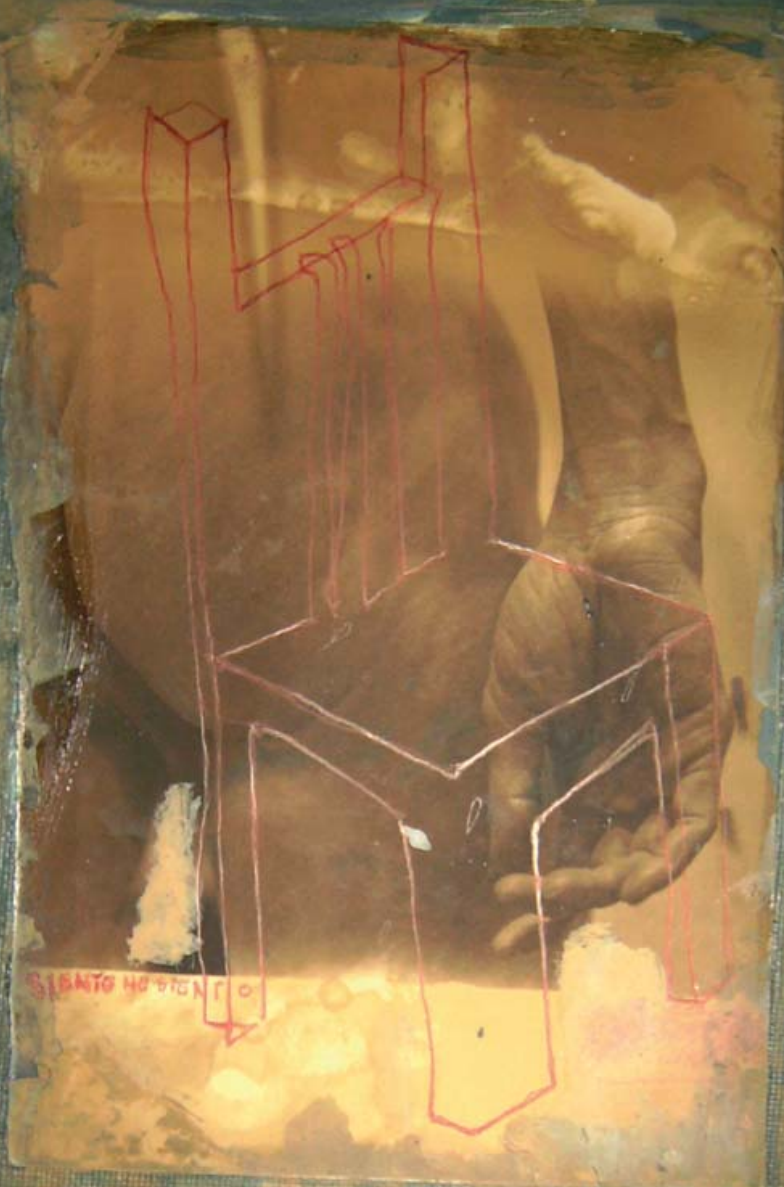


Celín Cebrián



TROZOS *trazos*

diario de un instante



Celín Cebrián, nace en Casas Ibáñez (Albacete).

Estudia Derecho en la Universidad de Valencia y se diploma en Dirección Cinematográfica por la Escuela Superior de Artes y Espectáculos de Madrid.

Colabora en revistas con artículos especializados en cine.

En su haber consta el guión *El viento en la colina*, un libro de relatos (*Las fronteras del tiempo*), una novela corta *El Cometa*, tres novelas (*El club de los Gómez*, *El cuento del Tío Cosme* y *Viñetas Cloaquenses*) y un diario poético *Trozos/ Trazos: diario de un instante*.

Cuadro portada: José Luis SERZO
Maquetación y diseño: Leticia Labrador
2ª Edición: 2011
Título de la edición: Trozos/Trazos: diario de un instante

Copyright © 2011: Celín Cebrian

Impreso en España
Imprenta: Truyol

Prohibida la reproducción total o parcial
sin expreso consentimiento del autor.

TROZOS

trazos

Diario de un instante

CELÍN Cebrián

trazos

PRIMERA PARTE

OTRA MAÑANA GRIS, entre tantas. Gris de cielo y de alma. Y el agua fresca y el café caliente, o viceversa. Todo confuso sobre mis pies. Y la inocencia hecha trizas. Y las manos oliendo a sangre en esta mañana violenta.

Las manos, y los dedos: amigos, amores, ideales... Y al abrir, la palma de la mano, llena de contradicciones, de bondad y de deshonor, también de líneas: la línea de la vida, de la muerte, de los hijos que vendrán. La mano..., el otro espejo.

Manos grandes, de pastor, de ladrón..., de cazo, en las que bebo agua. Generosas y de apariencias; de tantas cosas... Las mismas que escriben, que aprietan mis mejillas o se restriegan contra mis ojos; que se detienen sobre la piel, acarician

mechones de cabello o hurgan en esos confines embarrados de flujo. Torpes y fuertes, e inquietas como los brazos de un pulpo revoloteando delante de mi mirada. Y el puño, violento, contra la mesa, ese puño marxista, de boxeador, de obrero. El puño para restituir el orden (otro orden) o defenderme de un mundo hostil. El puño, la máquina del triunfo, el guardián de las ideas. Puño y victoria, dos símbolos, dos metáforas.

Curioso: manos vastas, pero vacías. Alicates más que manos; alas infinitas de un pájaro que no vuela. Y a la noche, dormidas, con un hormigueo molesto que me desvela. Luego, ya despierto, arrastro la izquierda hasta el pecho para detener la tos. Y así queda: en el pecho, como *la del caballero del cuadro*. Pero no en abanico, sino con los dedos soldados para que no se filtren los sentimientos o las flemas del tabaco nacional.

Contemplo mis manos con indiferencia: con ellas me llevo los alimentos a la boca; me rasco la cocorota; me peino o me lavo... El uso que les doy es tan doméstico... Ni tan siquiera las empleo en cualquiera de las artes. Y como tampoco soy cirujano, ni hago tapices, o cerámica. Así que..., he de admitir que tengo dos manos muy inútiles. ¡Ay, mis manos! Qué envidia de artesanos, de prestidigitadores, de verdugos... ¡Eso sí que son manos! Sobre

todo las del verdugo que actúan en nombre de otro. Siempre quise actuar en nombre de otro, y ser pianista, y panadero, y croupier, y mecanógrafo... Cuántos oficios por culpa de mis manos.

Dos manos y dos historias. La izquierda, la tonta; la derecha la del saludo militar y la de escribano. Una casi muerta y la otra para equilibrar y matar. Una el mástil y otra el remo. Ambas abrazando una vieja guitarra que me sirve de consuelo. Distintas como el sol y la luna; iguales como las ramas de un árbol. Punto de partida de un niño triste que no sabía tocar la pandereta o redoblar con el tambor. Un niño con manos para la guerra, que cazaba moscas y ratones, y arrancaba de cuajo los líricos juncos. Que estrujaba semidioses y gatos, y que retornaba a la calle para partirle la crisma a los traidores. Mis manos.

Y los dedos de plata, como flechas, como lanzas de otro cuadro. Diez palotes sin edad, cada uno de su padre y de su madre. El pulgar, el índice... Enemigos a un centímetro escaso de distancia. Por la forma y por lo que suponen, como los colores: el rojo, el azul... Y el del medio, el amarillo; y el anular, el verde; y el índice, el chivato, el dedo acusador y *macarthiano*, el que entra en la boca o en el poniente de la sexualidad. Y los otros, a verlas venir, como los hermanos cobardes en las

peleas, temblorosos, queriendo echar a correr. Dedos con pinta de percebes con los que toco la eternidad, la gotita de sangre de la nariz..., o las teclas del sistema. Unidos a la hora de contar, de mojarse, de penetrar en la llaga, de titubear con el parkinson... Por parejas en el momento de castañear, de dar capirotes, de hacer el signo de la victoria, de pedir dos cervezas o dos vasos de vino, de decirle a uno que es un cabrón... No hay acción reconocida por tríos o cuartetos, que yo sepa. Todos con dos caras, como las monedas o las tortugas: la superior, el caparazón, la uña; la inferior, el vientre, la yema, la sinuosa huella. Para arañar y para ser fichado. Hierro y tacto. Dátiles, cables de contacto con el mundo y con uno mismo sin que medien palabras. Apéndices de unas manos que incesantemente rozan la vida, la inocencia, el riesgo..., y que se agarran a los barrotes de la cárcel, en tanto gritamos. Mis manos que tantas veces se juntaron con otras manos: en el amor y en la amistad. Y también en la muerte. Manos de homínido con las que apreso el dolor errante, las migajas de la felicidad y de la memoria, y los recuerdos de mañanas lejanos, perdidos en el tiempo.

Mis manos, qué fúnebres.

II

UNA PÁGINA PARA BUSCAR al hombre en el hombre, para robarle años a la vida. Pero el tiempo, infalible, sólo trae máscaras, pasado, ausencias. Siempre el mismo metal, la misma chatarra. Y vuelvo a huir (¿hacia el otoño?, ¿hacia la muerte?); vuelvo a huir y a interrogarme con esta voz carajillera e intermitente, y no adivino qué: ni lo que sucede ni lo que viene. Todo es un perpetuo fluir de palabras al compás del tiempo, cuando una trompa suena a lo lejos y la niebla, desde la ventana, se empeña en alcanzar mis párpados.

Bebo café y luego agua; bebo, como un sapo, hasta saciarme. De agua, de café, y de memoria. Y de pronto, una carcajada de loco o de sabio, una risa nerviosa y tonta. Me río porque no

encuentro al hombre que pensé que sería, sino al que ha fracasado. Y por eso me tambaleo como un cadáver a través del pasillo que va de la cocina a la habitación. Con el rostro pálido, los dedos hundidos en la boca, las piernas agarrotadas y el corazón a punto de estallar. Piso estrellas y ladrillos, cenizas... Huele a comida y a turrón. Las notas del violín del vecino suenan a decadencia. ¿Cuántos kilómetros me faltan? No, ya estoy en la puerta. Entro en la habitación y me siento junto al fuego eléctrico (un alambre de nada, muy agradecido), junto a la antorcha celeste que abriga unos momentos fríos e inseguros. Se hace el silencio. Yo me hago un cigarro.

¡Humo! Humo y llanto. Sueño con un caballo que corre por una vereda, con las gaviotas del mar, con el viento... Añoro su libertad. Por los cristales de mi ventana se ven caer las hojas de los árboles. Ya no necesitan ser libres: han muerto. Recuerdo a Catherine, a Luis, a Mirían, a Joserra... ¿Fue en otoño cuando murieron? Acaricio mis pies desnudos. Y los aprieto. Me hago daño; me siento vivo.

El cristal..., el cristal multiplica las sensaciones. Pero los cristales no gritan. Sólo grita el amor desesperado. Y los pintores con su pincel. Y... Mejor no pensar. Ni jugar a la matemática. No es cosa de números. Eso creo. Entonces, mi mano derecha se adentra en mi animalidad ¡El éxtasis!

Por unos instantes, me siento purificado.

III

¿HABLO EN SERIO? HABLO por no callarme y porque, a veces, hablando uno se estimula y se dignifica, porque lo de hablar siempre fue muy noble. Pero no se trata de eso, sino de mi voz, bronca y tocada, que es como me la han dejado los primeros fríos. Y así..., ya me dirás. Ni con clorato. Y el timbre, tan alterado, hace que ya no sepa si soy barítono o un bajo continuo, barroco y desafinado. Tengo la voz rota, partida en mil voces, en mil gritos. Y melancólica, como los borrachos de barrio.

Hablo en voz baja, como los vencidos o los mentirosos. Entre dientes, susurrando, hilando soliloquios en cada confesión. Y de vez en cuando unos cuantos carraspeos: para aclarar, para afinar..., y para intentar la vieja canción. Pero me temo

que tendrá que esperar. Todavía hago mucho ruido. Me sale más aire que música.

La voz, mi voz, que me culpa, que me exime. Palabras bañadas de rabia y de pus. Por las placas y por la impotencia. Aspiro hondo; lo intento de nuevo. Nada. Y encima la lengua que no deja de estorbar.

Por fin consigo hablar. Me hablo con voz de caña, de telefonista o de lotera; como un pollo afónico o un herido de guerra: sin color, sin varonía, sin graves. No soy capaz de emitir un solo sonido aterciopelado. Ni decir con serenidad. Todo deprisa, atropellado... Mi discurso es áfono, "cacófono"... de gramola o radio de patrulla. Y veloz como una ráfaga. Hablo por tiempos, con angustia. Es empezar y..., se estremecen las plantas, las bombillas, las cortinas... ¿Qué ha sido de aquella voz de madrugada, clara, seductora, poderosa, sobre todo por teléfono? El frío... La vida la ha desencantado. Y ahora sólo queda un arpegio corto y monótono, y unos cuantos graznidos de cuervo con los que cantar, y decir.

Soy un rumor, un latido de silencios, un hombre de conversaciones aisladas, de mucha prosa y poco verso; confuso e irritado, en la voz y en la conciencia; y con el hablar impreciso y disonante.

Mi voz..., se ha apagado mi voz.

IV

QUÉ LARGA SE HACE la vida de esta forma. Qué pronto se vuelve uno viejo. Y cuánto tropel para nada. Ya ves. Y la única manera de fingir indiferencia es hincharme de vino y cantar o aullar como un lobo. Y echarle burla a la desolación, que es como echarle sus siglos, sus ascos.

Soy un dibujo fugaz de la eternidad. Y los lugares, las horas..., todo se pudre. Y mis neumáticos se pinchan. Y la plenitud es el silencio. Eso es lo que sé. Y que he de pisar las calles nuevamente para encontrarme con mis semejantes, con multitud de rostros desconocidos y desfigurados, prisioneros de la felicidad, que no es más que un nombre..., la abstracción adecuada para explicar la gloria, el caos.

Miro a través de la ventana (ya cerrada) y pienso: “Tiene tanta fuerza el pasado como lo que va a suceder, lo desconocido”. Es el momento idóneo de la duda, de la defoliación de la margarita: sí, no; sí, no... Y lo único patente es este alrededor cercano, tangible, mío: el chorlito agüero de madera; la señora gordísima de la postal enviada desde Amsterdam; un dromedario de papel; y una planta que ni crece, ni habla ni oxigena mi aliento, ni se chupa el polvo de sus hojas. La cama deshecha -casi destrozada-; las ropas en desorden; el calzado distribuido por los ladrillos como piezas de un tablero de ajedrez; los pañuelos de gasa en las jarras de arcilla y éstas en la mesilla y ella misma contra la pared como en los fusilamientos; los relojes sin cuadrar en las horas y en los minutos; las carpetas al contrario y en tropel; las sillas..., no las cito por inexistentes, pero sí un taburete redondo -de terraza de verano- y un butacón con lonas, donde estoy sentado. Necesito aire en mis tubos. Abro la ventana.

Contemplo lentamente la ciudad. Veo todo borroso, indefinido, miope. Las nubes son como sombras aberrantes de la memoria. Siento un cosquilleo incesante (¿falaz?) entre las escamas de mi juventud, carcomidas ya por cientos de gusanos. La atmósfera es cada vez más tenebrosa. Hace frío.

La niebla se disipa. Comienza a nevar.

El cielo parece que se desgrana en diminutos y blanquísimos copos de nieve como si fuera una mazorca de maíz. Miro la cartuchera que hurté a la patria, porque deseo acabar con mis demonios, mis ascos, mis hipos... Luego, miro mi bragueta hidalga (la otra cartuchera). A lo lejos, molinos o..., gigantes. ¿Qué hacer? Retiro el miedo de mi miedo y..., poco a poco también el dedo del gatillo. Me pongo a ver caer la nieve, que elimina ese estado de zozobra. Y me digo: “La nieve, el maná... ¡La primera droga del mundo! ¡La primera esclavitud!”. (Anda todo mezclado: la esclavitud y la droga; el juego y la familia. Como si lo uno destrozase lo otro. Todo un circo. Pero no me senté aquí para actuar o tirarme del trapecio, sino para entrar en aquello que suele aplastarme, que me apabulle. Son horas de intentos, de desgranar mazorcas, de palpar sobre mi asombro).

Flota una tranquilidad sospechosa. Tanta quietud... Veo nevar. Los pensamientos van y vienen, atravesando este pequeño espacio. He llamado a la calma al ardor, a la furia, a las iras y a los cojones. Quiero que hoy se parezca a ese mítico día con el que siempre soñé en el que habrá un amanecer radiante que, poco a poco, se irá tornando turbulento, con huracanes que arrancarán los

árboles y destrozarán los valles y las montañas..., un amanecer en el que cada cual se dará muerte como sepa o le venga en gana. Y siempre que hay tanta calma, me digo: “Hoy es tu día”. Nunca coincide o ha coincidido, pero, al menos, mantengo viva la ilusión, que ya es algo. Podría subirme a los tejados y retar a las alturas, pero no he sido invitado a ir de excursión y además me encontraría con un montón de gatos y antenas de televisión y chimeneas... Muchos estorbos. Y uno está algo torpe ya para el regate. Es más, muy pronto será de noche.

Búhos vigilan, mientras me encomiendo al lirismo -nada, unas poesías para Carmina- y bebo un cocido de hierbas (frío y de ayer) para ver si me ayuda y me armo de valor y me atrevo a recitarle a la chica del póster colgado en el techo toda esta boñiga que he rimado con el bolígrafo. En el techo o bajo el techo, bajo palio, bajo el ángulo perverso de las nalgas de la chica, que pide mi cabeza, y que me desnude y saque los trastos, y que simulemos un vídeo pornográfico, embadurnando las carnes y los códigos, entre golosinas y trompetas, y sin necesidad de afirmar (como vienen afirmando los afeminados franceses) que el amor es un pájaro que no se puede domesticar. A quemarropa, entre el eros y los zánatos, y sin la presencia de los gacetilleros de la prensa. Solos, ella y yo.

Pétalos poseídos por abejas y jaque y jodienda, y la rubia, la niña medieval (águila antes que perro y fuego antes que sol), que no cesa de escupirme y de bendecirme, que me llama cobarde, que mantiene todos sus énfasis en las cosas, y la toalla a medio caer... Todo aquí, en esta guarida donde han comenzado a sonar las tetas adolescentes de la chica del póster como cláxones o como el último tren de la madrugada. Que quiere traca, fiesta y caramelos; que no se conforma con mi dulzaina; que... Y de cuando en cuando, toma, me ofrece un pezón, que es como uno de esos bomboncitos que van de un bocado. Y al rato, la ubre entera. Y así, en dosis, me va tentando a deshacer hogares y a llenarlos de bastardos. Pero, aun así, le digo que no, que lo siento. Y no porque el deseo se haya evaporado o porque tenga que justificarme ante nada ni ante nadie, sino sencillamente porque soy un guerrero demasiado viejo para inaugurar un cuerpo tan joven y bello. ¿Resultado o conclusión? Que la bella se jodería a la bestia.

V

EL AGUA COMIENZA A CAER como una muñeca de trapo empapando las casas, mientras fumo un cigarrillo y echo de menos a la chica del techo. Tentado por la lluvia, abro la ventana. El agua y el viento forcejean con mi silueta como si fuese un mástil de bambú. Allá centellean los canales de cinc y las pupilas de los gatos. El día sigue patinando sobre los tejados. Estiro la mano, pruebo el agua y digo: “Lufthansa”. (Cuando llueve, el agua de la lluvia tiene sabor a los aviones de la compañía que acaba de pasar. Es gracioso, pero cierto). Saciado, vuelvo a mi aposento.

La niña medieval, en la palpitación más pura, comienza a moverse en mi memoria: doblemente desnuda, delincuente, de brazos corruptos, y con la

escoba entre las patas. La escoba, mi falocidad y su felicidad (coletilla salida de los labios de Brando en *El último tango en París*). Erotismo de papel couché o de póster. Y yo que sigo negándome a amar, a llenarme de mierda hasta las orejas, a acoplarme a una adolescente que le pone música al amor -o al sexo- y que bate sus cláxones una y otra vez sin que consiga hechizarme o convencerme. Sé que es una prueba de fuego y una verdad sin razones, pero me siento incapaz de volcarme en medio de esos importantes muslos y de adentrarme en un profundo y humedecido túnel. Soy un necio. Reniego de la única felicidad.

Giro en mi butacón como subido en un tiiovivo. Pienso. No doy con soluciones ni con el paraíso donde huir. Sobre las paredes fotografías: gente falsa (esa gente que cree que la corrupción y el soborno son acuerdos tácitos de comportamiento); Ásela, la musa, a la que siempre confundí con la pava de turno; Rosa, con su cara de furcia asustada; Karyn, la otra Ingrid, rosada y bella; Acuelina, la mansión del bosque; y Keats, al que no le gustaban los nuevos bucólicos porque, después de pasar un solo día en el campo, venían diciendo que habían visto a los pollos corriendo con el abrigo puesto. Y otras fotografías: Kurosawa, Bertolucci, Miller, Bowles... Muchos pesimistas, aunque dicen que los

pesimistas somos los optimistas bien informados.

Nadie más vigila este naufragio de infelices edades. Cierro los ojos. Algo se mueve. De repente, del fondo de la habitación surge una sombra trágica, una crueldad anónima. Viejos rencores, manchas, deudas, heridas de una guerra perdida. Símbolos de un pasado inquieto e imprudente, de unos momentos también hermosos e intensos, que ahora me visitan. Imágenes que giran sobre mi cabeza como una hélice oxidada. Y mi puchero, tan yelmo, que no hierve. Y el día y los siglos que se van afeminando. Y las telarañas que llegan ya hasta mis hombros. Y el polvo que me cubre las manos. Y la dignidad en el suelo. Y..., aunque han pasado cerca de veinte años, yo sigo creyendo en ti. Contra todo pronóstico; contra toda explicación. Te llevo escrita en mi piel. Y te leo, y te vivo... Es una sensación tan estremecedora... Es la que me permite vivir todavía.

VI

CREO EN TI, EN LA PIEL, porque el amor es un álbum de pieles que se va coleccionando, escama a escama, a fuerza de roces. La piel es el otro traje, el único traje. Y el cebo oloroso que nos hace picar, que nos rinde, que nos convoca. Y que nos hace ladrar como perros furiosos en cuanto olfateamos su rastro.

Te distingo por tu piel; me distingues. Una tapa; otra... Pellejos de un libro; cáscaras de una naranja. La piel, nuestra piel, con un perfume concreto que nos identifica.

¡Uhm! ¡Qué bien hueles cuando despiertas! Sin gel, sin otro néctar que el que brota de tu propio cuerpo, que tanto te define y te homogeneiza. Y los poros dulces como granitos de azúcar, que lamo

apasionadamente. Y cuando duermo, tú recorres mi piel como si recorrieras un mapa. Te detienes en la espalda, en los hombros, en las piernas... Luego los pómulos, la frente... Me besas, te giras... Y mientras ves mi nuca, mi mano recorre la sábana erróneamente. Un tacto desconocido me despierta. Echo la mano para el lado contrario y la deslizo por una ladera solitaria, desnuda. Tus muslos, tu culo, tu vientre... Más tarde, tu cutis, fino como el papel de fumar. Y tan suave como la seda. Te palpo; nos palpamos.

Pieles, luciérnagas en la noche y hojas amarillas del otoño. Lívidas en invierno y multicolores en verano. Y en la primavera, verdes. Fundas que arden con el calor de la noche, que brillan, mientras los insectos galopan por ellas. Doradas e inconfundibles a pesar del plástico, de las imitaciones.

Somos como nos vestimos, de lo que nos vestimos. La piel es como una camisa que se derriete cada día en la ducha y se pierde por el desagüe. El agua siempre se lleva algo usado y trae algo flamante, joven, novedoso. Miles y miles de capas que se suceden unas a otras con los días en cada fregada. Tatuajes que aparecen y desaparecen. Y mordiscos, y el chupetón de la madrugada... Y una espinilla aquí; y otra allá... Y una señal, y un agujero... La piel es un cómic interminable lleno de

caricaturas, de pliegues, de arrugas..., de marcas que nos individualizan. Y el olor, también.

Creo en ti. Huelo a cerezas. Tu piel es como la de las cerezas.

VII

HAGO POR PENSAR. Me exprimo la cabeza como si fuese un racimo de uvas. Aprieto sin hablarme, sin secarme el sollozo, enjuto de pasión, echado hacia atrás y meciendo la crujiente balada de mis huesos. Exprimo los granos como si fuesen fábulas borrachas. El líquido resbala hasta la comisura de mis labios ¡Plaff! ¡La ventana! No cerré bien la ventana. El viento entra en la habitación y hace bailar mi corazón. Después, pliega la colcha, se echa sobre la almohada, y me mira. Al ver que no le digo nada, despega como un cervatillo. Al pasar junto a mí, escucho sus gemidos. Al pronto, regresa. Siento un volteo desconocido y mágico que va desde los pies hasta mi sonrisa. Luego, en un alarde de furia, se escora hacia el vacío, moviendo los

farolillos y levantando las enaguas de la ciudad. Da algunos revoloteos más, y desaparece. Cierro la ventana.

Regreso al butacón y al dolor de mis látigos, de mis nieves, de estas horas de sangre y de nadie. Una figuración humana comienza a triunfar en mi cerebro: muchachas que bailan; niños que juegan con los pechos y los miembros al incesto desconocido; Lázaro que me suplica que asista al rodaje; señoras que poseen adolescentes; gigolós que se colocan altos sus *jeans* para marcar paquete; cremas, bocadillos, bronceados..., y el ron interpretando un mambo con la coca cola; anuncios por palabras (“cambio bocadillo de mortadela por disco de Bob Dylan”); colas y comicios y confabulaciones; imágenes de un ayer jazzístico en Nueva Géorgia; y Bola de Sebo que se apodera de Laura. Subo en la Benelli. Ese tipo ha raptado a Laura. Atravieso el campo de batalla donde las “periquitas” consiguen orgasmar en cualquier postura y las niñas insurrectas flirtean con los plebeyos sin saber si les cobrará el tributo Cesar o el cartaginés. Me detengo, miro... Paula se acerca. Tan cerca es como un diamante (lo miras y te la levanta). Después, me dice lo que cobra por ser tan puta. No le hago caso; no me interesa. Continúo mi viaje hacia Ítaca. Llego. Doy vueltas... No encuentro a Laura.

Regreso. Me echo sobre la cama. Llega el sueño.

A un solo golpe de la varita mágica, me hallo rodeado de Blanca Nieves y los Siete Enanitos. Traen vestidos preciosos, bandejas de golosinas, lecturas de la infancia, juguetes y obsequios. Jugamos y reímos hasta muy tarde.

Me despierto con un hambre atroz. Suena Tristán e Isolda. Me pongo a freír un par de huevos, que, por cierto, comienzan a saltar en la sartén como si Wagner los provocara. Como. Me chupo los dedos. Ya ha terminado ese teatro de sombras, ese tumulto de imágenes borrosas y negras. No tengo noticias de Laura. El destino me la ha arrebatado de nuevo (el destino es un ladrón). Quedo a solas, sin tiempo para tejer las últimas palabras. El silencio me abraza.

VIII

AHÍ FUERA, UN CORO DE voces. Yo callo como una musa nerudiana, como todo ausente. Ahí fuera, Babel; aquí dentro, el silencio.

El sabio, calla; el listo, habla. Dos verbos o dos armas blancas en un mismo duelo, el de decir. Uno se entiende y el otro no, porque es muy secreto. Y más importante. El silencio...

Bajo mi lengua bífida y suelta se extiende un silencio indescifrable. Nada quiebra, ni tan siquiera la luz. Se rompe el bolígrafo de tanto apretar. Cambio de bolígrafo.

Bajo mi lengua..., un cansancio de edades sin respuesta. Ya no estoy dispuesto a repetirme las mismas cosas de siempre. No evoco nada ni a nadie. Incluso yo diría que lo de Laura no es más

que un reflejo o un anhelo: de carne, de amor... Las palabras no son más que recursos. O materia. Y por eso me rebelo contra ellas. Por eso y porque han cegado la hermosura. Las palabras me maniataron a la vida, a una forma de vida. Y desde aquí las maldigo.

Quedo descalzo y en silencio. Mi habitación: otro planeta. De mi risa apagada nace un río de lágrimas que desciende por el mentón de mi barbilla hasta el cuello. Allí se pierde, se filtra. Las manos me tiemblan, y la alegría también. Y el rostro baila en el vacío como un jamaicano. La luz se extingue, y el cuerpo. Desfallezco. Mi cabeza da contra la mesa: ¡Pum! El silencio se rompe.

IX

HACE UNOS MINUTOS QUE me he recuperado. Sigo instalado en mi trono de rey vencido, contemplando el desfile de gozos, de desdén. No me callo como de costumbre, sino que me pregunto y me digo, y me acurruco sobre mis rodillas como un amante atravesado de fiebres, de empanadillas (una empanadilla casi congelada que comimos en la playa cuando iniciamos el amor), de novias blancas, de mentira... Tiemblan mis dedos y en mi garganta se forma un nudo que hace pasar la saliva con dificultad. Pienso en lo que no deseo, en lo que me mantiene. Y en ese fuego que arde hacia dentro: Laura. Y en que no hayan cambiado muchas cosas: ni las plantas, ni el viento, ni las miradas...

Cuando pienso en esto siento frío y tengo

sed. (Cada vez que me pongo a pensar, suelo mirar hacia las estanterías y siempre me encuentro con el lomo del mismo libro: *La influencia del repollo lombardo en la prostitución de Brasil en los años setenta*. Estoy harto de esa tesis ¡A la mierda con el libro y con el repollo). Vuelve a llover. La lluvia tiene unos tonos anaranjados. Respiro con dificultad; apenas si respiro. Dentro de nada la gente comenzará a despertarse con este vals anaranjado e irá acudiendo a su trabajo, a su ocio, moviéndose en unas coordenadas escritas o sobre unos anhelos sacados de su letargo. Permanezco en silencio. No paro de darle vueltas a todo este drama de gloria y miseria. Las chimeneas echan humo. Llegan los primeros expresos con sus locomotoras fatigadas. Suenan las sirenas apuntando el final de los turnos laborales. Los edificios son un panel de ventanitas encendidas. La catedral dormita todavía. El trajín regresa a la calle: el del quiosco grita la prensa; el restaurante calienta motores, o su cafetera; los taxis hacen colas y el autobús su primer trayecto; el comerciante descarga cajas repletas de frutas y hortalizas; el vagabundo del número 37 abandona el portal antes que los vecinos llamen a la policía; los maniquíes de los escaparates siguen hieráticos; ruido de motores; las palomas recién duchadas; y la gente bajo los paraguas correteando por las ace-

ras. Son pistas de una ciudad desde la ventana.

No hay sol ni luna. Llueve. La mañana ríe y tiritita. No hay ya números en este reloj humano. Mi mano anota trozos de una historia. Trazo a trazo, línea a línea. La historia de un fracaso donde se palpa la mierda. Y ahora me hallo enlatado en mi propia verdad, recluso en la miseria, y a punto de concluir unos cuantos poemas malditos. La poesía, el primer sentimiento; mi habitación, el último refugio. La una y la otra en el quinto coño, en tanto anhelo el de Laura que es pura dinamita. Versos en vez de preguntas. Y un camino de lilas, donde nos despedimos.

X

PASO A PASO; OLAA OLA. Día a día me iba perdiendo por las ciudades. Tantas eran las calles; tantos los sueños... Llevaba conmigo sabores, sonidos, promesas... Un kilómetro, una despedida; otro kilómetro, otra despedida. En cada camino y en cada adiós fui dejando parte de cuanto tenía y era. Y desposeído, seguí caminando. No quería detenerme. Y así hasta que agoté todas mis fuerzas y mi pasión. Me senté. Entonces comprendí que todo había terminado.

Y ahora sólo queda el tiempo, relojes humanos, manecillas torpes, lentas. El tiempo que se apaga. Y un manojo de reflejos que se desgaja. Todo es tic-tac, toc-toc, y se hunde en la memoria. Diciembre, enero..., meses y desventuras. Y ojos

que no miran porque el tiempo los ha empujado hasta el cogote. Noches y días perdidos. Y el presente una incógnita. Y la tarde cae como un pañuelo, y el reloj avanza.

Vivo instantes, trocitos de cada instante. Y las manecillas que vuelven a perseguirme. Me deslizo por la corriente del tiempo. Voy a la deriva. Las cosas van quedando atrás. Tropiezo con las horas, con la tarde, con relojes errantes. Se rompen los diques. Las 12. La noche. El tiempo me devuelve a la cama. Me embarca en el sueño. Duermo en sus brazos.

XI

OTRA NOCHE; DE NUEVO la noche, tan sensual y amulatada como esas negras del Bronx. Y la cena: negaciones, zozobra... Ni tan siquiera hay un poquito de sopa. Y el viento que no aparece para hacer su bis. Y yo vestido todo de traje (qué menos que un traje para lo único que hacemos unas vez en la vida: morir) en espera de que ese ventilador enamorado me empuje hasta el mar galopando por una luz misteriosa. Una luna redonda y un hombre herido. La luz se desploma, y la carne... Las olas se tiñen de sangre. Me arrastran. Un soplo: se apaga la luna; otro: ya no hay olas. La muerte es el último aprendizaje.

SEGUNDA PARTE

SE TERMINAN LOS MESES, y el año, y casi el siglo. Y ahí fuera toda una conjura de idiotas. Microbios bajo las luces de colores (eso parecen). Y la merluza y los pavos con el pasaporte en la boca para ir derechos al horno. Y las familias que vuelven a unirse en una orgía de burbujas e hipocresía. Todos agrupados como hijos del vacío y haciendo de tripas corazón. Otra farsa más. Pero no quiero discusiones, sino seguir leyendo unos cuentos al borde la cama. Siempre pasa, entre hoja y hoja.

Los cuentos, el cuento. Y el tiempo, la vida... ¿No es todo lo mismo? Mis manos, los ojos, tu piel..., partes de nosotros. El todo y la parte. Fábulas que nos encontramos en los rincones del

pasado o en un cajón con las que detenemos nuestra existencia. Y con los relojes. Desde la orilla o al borde la cama. Libres de horarios. Palpitando con la lectura, los personajes, la trama... Esta noche los cuentos me han salvado la vida.

II

MIÉRCOLES, A NOSECUÁNTOS DE MES.
Hora, equis. Día. Sé que es de día. Y lo sé porque el sol brilla (tímidamente, pero brilla) en el lateral del armario y en mi espalda, o en la parte trasera de mi jersey, que es lo mismo. Y porque aún no he comido. Y por la dirección de las sombras. Y por el guirigay de la calle.

Es de día. Hace una mañana de fuego, de playa. El invierno ha desnudado los árboles por completo, que se exhiben con cierto recato. Giro mi mirada hacia los tejados, que tanto me cautivan. El sol enciende mi herida, que sangra. Ahora miro hacia dentro (interior: mi casa). Más allá del pasillo, un ruido de cacerolas y de violines, de mujeres tendiendo la ropa y de hombres que tosen al levantar-

se. Los pisos, las colmenas..., los otros cementerios. Paredes de papel por donde todo se oye, sobre todo la lucha diaria y las tragedias. Y las broncas, y el embarazo de la niña, y la borrachera del marido... Portazos y malos modos. Vidas cruzadas en pocos metros cuadrados; calvarios que más tarde, unos y otros, simularán cenando alrededor de una mesa y que, por unas horas, intentarán olvidar. Ante el vino y el pavo, y unas barritas de turrón. Es la eterna e inevitable historia.

Cierro la puerta de mi habitación para evitar los ruidos que vienen del pasillo. Ordeno unos cuantos papeles. Fumo. Una pausa. Acaricio mi cabello... ¿Debería ir a cortármelo...?

Mi pelo, tan romano. Entre Claudio y Marco Antonio. La misma cabellera de cuando los piojos y los *síoux* de las películas. Fuerte y negro. Salpicado de cientos de canas, testigos de los años. Mi pelo, mi fuerza. Como otro Sansón.

Acaricio mi cabello con paciencia -¡qué delicia!- y lo anillo a mis dedos como si fuera una cadena histórica. Cabellos o hilos plateados. Pelucas que peinamos y labramos con púas. Y el viento que deshace los surcos. Y el pelo que parece una escoba deshilachada. Lo volvemos a lavar, peinar... Entonces, los mechones caen sobre nuestra frente como lianas, como crines de un potro salvaje.

El pelo, mi pelo, las cuerdas de mi reino, de mi fuerza.

III

LA TARDE DEL MIÉRCOLES tiene ojos de lluvia. Y la ciudad parece un racimo de casas salpicado de gotitas de rocío. Y la música suena como el corazón. Y mi boca se encuentra con la tuya. Y el pulso late como un cielo rojo y desesperado.

Desde lejos, miro los ojos de la ciudad. Luego, inclinado sobre una fotografía de cuando éramos, me asomo al borde de los tuyos, que son los míos. Tu mirada y la mía. Y en medio el puente de la distancia. Los ojos que tanto dicen, aman, odian... Me asomo al borde de tus ojos claros y ya no veo nada.

Frente a los tuyos, los míos, como dos aceitunas negras. De mono, que no de gato. Rotos y borrosos, y demasiado teóricos. Y pequeños.

Cegados por la bruma y el destino. Y fuera de sus órbitas como los de los locos. Otras veces, escondidos bajo el párpado plisado. Tristes y sin alma. Con las pupilas a media luz, entornadas. Y el cristalino, grisáceo, sin la majestuosa blancura de cuando éramos.

Mis ojos: focos de mi faro, de mi tiempo, de un puerto que no mira al mar, sino a la montaña. Mis ojos negros y locos, de loco, unidos en una sola mirada sobre la tierra turbia y dura. Te veo: una luz blanca te ilumina. Me miro: sombras e inocencias. A un lado, tus ojos; al otro, desesperanza. Pero no quiero que me veas roto. Nuestros ojos por última vez. Lo que ya no veremos. Miro tu belleza de barro; me miras con los ojos cerrados.

IV

AMANECE. SÁBADO. El tiempo se detiene. Una melodía lejana se clava en mi oído. Abro la puerta. La melodía se hace más cercana. El tiempo se pierde; la música suena sin cesar. Y mi oído, tan acostumbrado al silencio, tiembla como una caracola marina.

Allá unos estribillos remotos, que llegan; aquí un susurro marino, que desconcierta. Oigo llover y una melodía de mares. Y noches y palabras. Y secretos. Todo se repite en mi oído al amanecer. Y un río de sonidos me desvela, por fin, para siempre.

Nombres, preguntas..., y un sincero cuchi-cheo, tan grato. Y el silencio que definitivamente se rompe. Y los tímpanos, con tantas mentiras. Una

verdad y mil mentiras, que no comprendo ¡Cuánto ruido para nada! ¡Cuántos sonidos podridos!

Otro sábado ¿Sábado o domingo? Ya no sé... Amanece y escucho el zumbido de las olas contra los muros. Y los gallos. Y el despertar de los pájaros. Y una sirena a lo lejos. Y el jadeo de los vecinos. La vida aquí es una mezcla de sentidos, de instantes. Todo va y viene, y pasa. Y el silencio que vuelve a instalarse a mi alrededor como el único sonido fiable, cierto. Y el sol comienza a herir las paredes y el iris. Todo está en calma. La vida pasa sin pensar. Me detengo frente a un universo de cosas para soñar. Sueño momentos. Una lágrima cae sobre mi pie derecho. Abro los ojos. El sol parece haberse marchado de repente. Dos gotas de lluvia resbalan por los cristales. El pasado exprime las nubes y los ojos. La tristeza se mece en el silencio. La vida se desvanece entre la niebla recordando unas palabras de cuando jóvenes, que destrozan mis oídos viejos. Otra gota; otra lágrima. Las horas se desbordan con los sentidos.

V

AL FIN, DOMINGO. El armario, mis ropas... Tu olor se ha quedado entre mi ropa. Husmeo como un perro entre mis camisas, pantalones, el abrigo... ¡Nif, nif...! Mi ropa huele a coño de perra, a ti. Y el paisaje, y la casa, y la cama... Tu perfume ha invadido hasta los objetos. Y las espigas. Y la memoria.

Saco toda la ropa del armario, y nada. Hay olores que no se borran: el del incienso, la trufa blanca, la pólvora, el azafrán... Y el tufo del coño. El tufo femenino del otro yo, siempre tan presente, tan absoluto.

El armario huele a criatura humana, a perra, a ti. Un olor que me guía, que me apresa, que me seduce, que me mata. Olor a carne y a tiempo. Aquellos tiempos... Y luego el abismo, el cuerpo

que me falta, el vino que me embriaga, para olvidar. Olvidar todo, menos tu aroma, que queda.

Huele a basura y a gloria; a entrañas azules y trágicas. Y a venganza, porque el olor es como la venganza. Y a sacrificio y a crudo invierno.

Cada domingo, la vida vuela como una cigüeña herida hasta el oscuro mundo de esta caja o este armario, donde resucita un perfume de camisas y trapos, que me atonta como el veneno de una serpiente. Durante unos cuantos minutos, aspiro o esnifo su esencia, que me cautiva. Vuelven alegrías y propósitos. Y confesiones, mientras pienso qué ponerme. Confuso y aturdido, intento buscarte dentro de mí, pero ya no existes. Un día te perdiste entre mis ropas. Tu recuerdo se ha reducido a tu olor, a un aroma huérfano, miserable, mefítico, fragante, fétido..., que invade el interior del armario. Huele a perra viciosa, a chumino húmedo y ardiente, a frenesí. Huele a mentira, como siempre. Y en cuanto huelo a mentira, una imagen que reaparece: un falo/palo entrando allá en tu eternidad y tú balbuceando la palabra amor ¡Bellaca! Mentías como una bellaca. Hueles como mientes, como follas y como vives. El armario huele a sepulcro, a momia. Y a sombras, a reproches, a necedad... Ya no puedes fingir más. Es inútil.

Tu olor se disipa en el tiempo.

VI

ENCIENDO UN CANDIL, la antorcha de oro del nuevo año. Pulso los nuevos días; me pulso. Arde el aceite y el día. Siempre estamos quemando algo: la verdad, el tiempo... Y en tanto los pensamientos se arrugan en nuestra mente, como también se arruga el cuerpo.

Primeras horas de un lunes y de un año. La quietud me desconcierta. Otro día más junto a los siglos sin nada que hacer, sin saber lo que me espera, lo que me detiene aquí dentro.

El frío se hunde en la mañana como un tronco en las arenas movedizas. La luz vuelve a resbalar en los tejados. El aceite se consume. El tibio vaho empaña el horizonte. El ruido de una máquina se adentra en este silencio. Enero de un año bisies-

to. Y las sábanas, bien frescas, colgando en el balcón. Y los destellos de la vida que se repiten. La vida que no amo, que no siento, porque la vida es el sitio donde me he perdido. Era todo tan simple y tan sencillo... Y ahora no encuentro razones. Me parece todo tan vano... El brillo, la luz, el ruido..., la propia realidad de los siglos. Tampoco es para sorprenderse porque, al fin y al cabo, no somos más que una hoguera de estatuas de ésas que se despachan con una esquela y una misa. O con un bote, donde van las cenizas. Qué más da. Lo crudo es saberse caducos y aceptarlo cada mañana como si nada. Y oler flores artificiales o la resina de las cuatro tablas de abeto de las que se conforma el ataúd. Y descender a la cumbre vestidos de etiqueta. Y que se nos tenga por héroes, o por buenos, que aún es peor. Bajo tierra, bajo el mar..., absorbidos, en fin, por el universo.

Cuando pienso en esto se me hace difícil mantener la calma y la cordura. Siento que me arrancan la piel a tiras. O cuando escucho: “Nos limitamos a vivir”. Se diga en prosa o en verso. Hablar del ayer, es hablar de chatarra. Y uno no elige, ni cuándo ni cómo. Y los otros se limitan a decir: “Todo ha terminado”. ¿No es de risa? Por eso tengo frío esta mañana, y sed. Y me sobra la memoria y me molesta el ritmo de las horas. Ando

cargado de preguntas, de quejas, de agonía... También de rabia. Y el invierno choca contra las sábanas y contra el llanto, y cae hasta las arenas empantanadas. Y la risa también cae. Y la luz se hace esclava de las nubes. El día se ha vuelto metálico, dando paso a un imperio de despojos, de pavesas. Y de aguas intermitentes y dioses efímeros. Es un día de espanto: negro.

VII

MEDIODÍA DEL MARTES. Suena el violín y luego la trompa, por este orden. Nada, ejercicios. Son los hijos de los vecinos. Después, una voz usada y melancólica: “Julián, ayúdame a levantarme, por favor”. Es la vieja del segundo izquierda. Está ya muy torpe. Recojo las sábanas y miro al cielo. También miro al patio, lleno de migajas de pan por las que pelean los pajarillos. Abajo un revoloteo de alas y arriba de luces, que se entrecruzan por las cuerdas de tender. Y con las luces, las sombras en la pared de enfrente y en la de al lado, la de mi izquierda. Y a la derecha, la humedad, el moho, el yeso blando, los orines infiltrándose por los roídos tubos... La pared de la derecha está enferma.

Recojo las sábanas, y tiendo el mantel y una

hilera de calcetines (quiero decir que los coloco en hilera). Suena una olla a presión, y luego otra, y otra... Vivo en un edificio de pobres, de cocina de puchero, que es lo que comen los pobres. De mucha lechuga y tomate, que es lo que le ponen de comer al canario que tienen enjaulado los del cuarto derecha: hala, una hojita de lechuga para el canario y un trozo de tomate, y..., también un terrón de azúcar.

Huele a legumbres y tubérculos y repollos cocidos. Por la radio escucho las mismas noticias que ayer, o parecidas. Y por la televisión la batahola de los concursos. Huele a populismo, a engaño. Y a vino con gaseosa y yogures de oferta. Y a naranjas, porque la niña de los del primero derecha está enferma y la curan a base de zumos de naranja. Y la luz que se rompe y de dispersa. Y el espacio se vuelve sideral, galáctico. Y yo a punto de poner la última pinza. La pongo. Me meto para adentro.

Aquí dentro, flautas silbantes de Vivaldi en pos del violín y la trompa de los vecinos. Una habitación barroca y una vida barroca. De fuego, de horas que sangran. Tropiezo con los libros, con la papelera, y con un tiesto de flores secas. Tropiezo con el hombre que no fui y con el niño que era. Tropiezo en todas y cada una de las trampas que

me puse a mí mismo. Y con la nostalgia, siempre tan puta. Y con los triunfos, todos de bronce y hojalata. Y con una cordillera de bocas vírgenes y cuatro corazones desinflados. Y con el espejo, tan traidor siempre. Voy a la deriva: no hago más que darme golpes. Y encima el bolígrafo que apunta a mi hígado como un cuchillo batiente y acucioso. Y yo me interrogo en otra página, ésta. Para vaciar mis entrañas más que para leer. Esto es un continuo desencuentro: con el pasado, con el hoy, con la mañana, con el mediodía... El invierno y las sombras, qué realidades tan grotescas.

VIII

ESTE ENERO PÁLIDO HA traído una luz maravillosa, hoy jueves. El día es como el vidrio. Y el cielo, una bóveda azul. No hay un trono para las sombras. Todo son rayos, tulipanes, aguas cantarinas..., formas, pronombres... Y los ojos, perlas; los labios, frutas; y un fuego que desemboca en mi garganta. Y con el fuego, la palabra, las cosas que nunca dije.

El día es como un diamante. Y las piedras, rosas; y las plantas y las hierbas, misterios que se rizan ante el sol. Son momentos que no he vivido, que no recuerdo haber vivido: tanto fulgor, tanta armonía, tantos caminos... La vida se ha convertido en una encrucijada de caminos; de tangentes horizontes. Yo diría que la vida, así, tan llena de men-

sajes, de chispas, de claridad..., es más corta.

El sol canta en los tejados y borra el frío de los últimos días. Las cabezas brillan como cebollas: en el mercadito, en la plaza, en las calles... Regresa la emoción y la risa. Y la rutina cobra sentido. Y los ojos vuelven a ser humanos y la carne se pone tibia. Y el aire es una autopista de diálogos, en tanto que en las esquinas se va pudriendo la indiferencia.

Suenan las campanas y los relojes. La chiquillería es un griterío al salir de la escuela. Y un enredo de abrazos y besos y mamás, de movimiento, que se contagia más allá de los muros y las edades. Se abren las ventanas y las puertas: ya sacudo la alfombra; bajo a por el pan; saco el perro... Y los viejos con su pipa y sus caramelos de menta carraspean por las aceras sin temor a la muerte. Y los jóvenes navegan por la música.

Hoy jueves la vida es un mar de horas, lugares, y sensaciones diferentes.

IX

CAPÍTULO NUEVE, SEGUNDA PARTE.

Prisionero de la agenda, de direcciones y días gloriosos (también del vino). Ciudades, mundos por los que pasé como un relámpago. Habitaciones que se vaciaban y se llenaban. Rumores nuevos; rumores viejos. Allá en la juventud infiel, acunado en cuerpos extraños y gélidos. De un lado para otro como una maleta extraviada. Cabalgando a lomos de la ansiedad, de la insatisfacción.

Una vida; demasiadas vidas. Demasiado de nada; pedazos de todo. Un poco de todo. Demasiado vulgar o folletinesco; demasiado ridículo. Por venganza o por una elección equivocada: de sujeto, de verbo, de adjetivos..., de respiración. De tantas cosas.

Cuántos viajes, cuántas ciudades, cuántos mundos... Para reír, o para hacer un poema. Cuántas cosas, que ya no tienen realidad, quedaron atrás, y que ahora no son más que recuerdos o papeles arrugados en la memoria. Testamentos o cáscaras de mi particular cementerio. Retratos falsos y feos de un álbum cubierto de telarañas, que, cuando lo abro, ya no me sorprende ni me emociona. Y que ahí sigue estando, inútilmente.

Capítulo nueve, tan absurdo como todos, hojas inmortales de mis actos, del olvido, del desánimo..., de este universo tan inverosímil, que me tiene prisionero como a un loco o como a un terco. Sin poder salir y tirar hacia delante.

Estoy detenido ante mí mismo, como un viejo barco.

X

VIERNES. ¡QUÉ CALOR! El sol se halla detenido en el balcón como un largo tren. Dicen que se trata del veranillo de invierno; dicen que cuando se habla del tiempo es porque no se sabe de qué hablar. Quizá sea eso: que no sé de qué hablar. O lo otro: que no quiero seguir compadeciéndome de mi existencia. Por eso hace calor, o por eso digo que hace calor. Y por eso también mi cuerpo se exhibe en una casi total desnudez. Sólo tengo cubierto el sexo con una simple funda de almohada. El resto, desafía la temperatura y las miradas de los vecinos de enfrente.

Mi cuerpo se siente libre y baila en el vacío como una estatua del Cuatrocento. Poros de mármol y dibujo clásico. Figura de pensador, en estos

momentos. Libre y desnudo, mientras escribo. Sin chalecos, sin ropas que huelan a perra, sin nada con que cubrirme. Libre para meditar, para olvidar; desnudo ante el presente, al que reto: con mi osadía, con mis palabras, con mi descaro, con mi postura... Y el sol como coartada y como razón.

Libres mis brazos, mis pies, mis ojos... Y los rayos de la mañana yendo por mis hombros, mis caderas, mi rostro... Y el mármol desnudo, cálido y armonioso. Hermético, también. Impasible ante la emboscada soleada, que no es más que un ardid, una argucia para sacarme de aquí y, una vez fuera, hacerme añicos. Pero no me dejaré atrapar por el hechizo ni caeré como un bobo en su trampa asesina ¿Salir? ¿Bajar? No volveré a subirme en el tren del adiós. Ni a la vida.

Los años seguirán resbalando por mi torso desnudo y clásico: eterno.

XI

AQUÍ PARA SIEMPRE. Paredes que hablan; palabras que callan. Ya sin prisa. Compasivo, esta noche del viernes. Y olvidadizo. Rodeado de leyendas, de ciudades, de momentos. Sillas del pasado en las que ya no puedo sentarme. La una, coja; la otra, desvencijada. Sillas de Silla.

Aquí para siempre, pero de pie. Firme y tieso como un militar o como un profeta. En otra tierra, en otra noche fastuosa. Frente a un mundo onírico y particular, el mío, hecho de tiempo y memoria. Frente a la luna roja, también. Y las estrellas. Y los ladridos de perro que me suscitan fábulas antiguas. Y las sombras, juegos de niño. Y el papel blanco, el mejor amigo. Luego, el viento que vuelve. Y con el viento, los símbolos, las metáforas... Y yo que

vuelvo a fumar.

Fumo de pie, entre risas y versos, como un falso idealista. Otra forma de descubrir mi verdadero nombre.

TERCERA PARTE

TERCERA PARTE DE UN diario a trozos con la única pretensión de penetrar en la memoria inconsciente de mi historia. También por eliminar la desesperación y un buen número de pesadillas. Por eso decidí venir aquí durante unos cuantos días: por echar lo que me había tragado. No deseaba seguir escondido como un pájaro inútil o amarrado como una embarcación a un puerto de pasiones, que, con el temporal, se transformaría en tragedia. Estaba harto de confundir espacios, ecos, olores, infiernos, rocas... Luego, surgió el empeño de glorificar todo eso en un cuaderno/testamento lírico. De *mea culpa*, de incompreensión, de límites: uno no puede rebasar así como así los límites. Me encontraba tan invadido de zozobra... Quería decirme y

convencerme de que no siempre estuve equivocado. Además, con estas manos tan inquietas... Pero, cuidado, no soy un político ni un filósofo; sólo alguien que duda ¿Cómo emerger de tanta duda? Desnudándome.

II

RETORNO A MIS incertidumbres como un ser primario y primitivo, y como si nada hubiera sucedido. Retorno con la palabra y las últimas miradas.

La vida sabe a sal y huele a sueños. Y mi voz quiebra en el vacío. Y los fantasmas reaparecen.

Escribo como un homicida y como un esclavo: por ganas de matar y porque me ha sido ordenado. Por esencia y por irreflexión. Y por miedo, y por cobardía, cuando lo que deseo es rebelarme, dar bocados, mandar a hacer gárgaras los días y las noches, que sólo me sirven para fumar y meditar, cuando todo es más simple que nada: vivir/estar... Y dejarme de murmullos, de recuerdos, de lágrimas. Y de elegías, de almas, de gritos. Todo

es tan simple... ¿Cómo desafiar el olvido y el tiempo?

Me gustaría poder y no puedo; me gustaría vivir y no vivo. Y dejar las respuestas en los labios, en un abrazo. Y hacer un gesto rotundo. Y marcar distancias. Y preocuparme menos. Pero ni sé ni puedo. Y por eso me arrastro por estas hojas, y me quejo, y piso sobre mis siglos, y me río hasta de mi sombra. Y porque las cosas ya no son bellas. Sólo veo mierda y muerte; sólo sé escribir adiós.

III

DIFÍCIL LA PARTIDA; difícil la llegada.... Como si la decadencia no cupiese en ningún sitio. Ni la incertidumbre. Ni la subversión. Es el camino de siempre: callar. Pero no voy a hacerlo. Me importa un bledo que esto sea una historia llena o vacía, un lamento tan insignificante como subjetivo. No hay nada más grande que hacer lo que uno desea hacer. Ya peque de oscuro o de insulso. Las propias heces (¿sandeces?) sirven para aplacar el hambre, y la orina para calmar la sed, que diría todo romántico maldito.

Odio los panfletos, el lloriqueo pueril, el lirismo ambiguo... Odio los eclipses y las miradas melancólicas. Y a Zefirelli, a Jacometti, a D'Anunzio, a la *beautiful people*..., a la miseria y

sus verdugos, y a la justicia con sangre de los otros, y a la arena, al manto de arena que cubre toda esta barbarie. La arena, el betún o la cal: la mentira amarillea por todas partes. Y me siento incapaz de conseguir el verso más hermoso de toda la poesía o eludir el sufrimiento, como todo mediocre.

Asisto a esta representación desde el anfiteatro, donde cada tiempo tiene un latir diferente: la mañana, el mediodía, la noche... Desde aquí busco una edad feliz, un sentimiento distinto. Raíces de entonces, ya podridas; afectos, ya manchados. Porque todo no es más que una feria, una hoguera, una orgía de vanidades, repleta de rumores, fatiga, desdén y olvido. Cara a cara durante todos estos años sin nada que decirnos; frente a frente sin poder mirarnos. Juntos en un paraíso famoso, dichoso y mítico, coreados de confusión, reproches y angustia. Sin nada en las manos para intercambiar, ni en los labios. Ése es el mundo en el que vivimos, el vuestro y el mío, o el mundo que hemos creado. De ordenado, grande y misterioso, a una irrealidad categórica. De traición y soledad, de aficionados. Todo son inconvenientes, habitaciones desde las que asistir al tiempo, tedio y más tedio, instantes vagos, años de sombras, paredes agrietadas, ventanales difusos/confusos..., momentos patéticos bajo la manta o el frío techo de nuestra

prisión. Soportando el invierno, las nubes, el viento, y el silencio. Humillados por la infelicidad y el desprecio, ya sin dignidad ni fuerza. Ése es el paraíso, el otro paraíso: el breve y mísero paseo por la existencia.

IV

¿Y DESPUÉS QUÉ? Después la primavera, el verano, el otoño... Más edades, más palabras... La misma brutalidad en un mundo tan simple. Y el mismo desorden. Imágenes: las montañas nevadas, la tarde azul celeste, las praderas con escarcha, los ríos clamorosos, el relámpago en el cielo, las promesas en los discursos, la luz en el aire, los pájaros en el limbo, el pueblo o la ciudad retratados en el horizonte..., y la gente apretada ante el temor.

¿Y después qué? La misma bagatela, el mismo grito, la misma heroicidad, el mismo miedo. Y el deseo convertido en envidia y los bares en hospitales. Y el cuerpo en un estercolero de ideas.

Hay que ser buenos y felices. Nada más. Y morir en paz y con nuestros recuerdos. Y no pre-

guntarse si eso tiene o no sentido. Y cantar por el día y dormir por la noche. Y estar siempre disponibles, aunque engañemos a nuestra conciencia. Indefensos y tranquilos; anónimos en esta odisea. Ésa es la letra de la canción, de esta terrible canción.

¿Y después qué? Un reflejo, la fugacidad de un reflejo. Así o eso somos.

V

DESTINOS HIPOTECADOS. Y el peso del pasado junto a nosotros, ya sin serenidad, entregados al desconcierto: como árboles viejos con su traje roto, como aguas turbias, como brasas, como vientos fatigados.

La vida siempre tan contemplativa; la vida en un soplo. Y nosotros encadenados a sus faldas como niños llorosos e indefensos, como gazapos que lamen unas ubres estériles. Al fin, dormidos ante el cansancio. Cada uno hacia un lado, enemistados en esta guerra contra el tiempo. Y las nubes, temblorosas, que regresan para apagar los remotos rencores, y el ímpetu, y las espumas. Y la noche que se va muriendo sin oponer resistencia. Y con el alba las tinieblas, y un viento que mueve las penas.

Y así van pasando los días y cada vez estamos más enjutos, más famélicos, porque la vida no cesa de robarnos la sangre, los minutos, lo que queda.

Con el día, nuestra frágil y débil fisonomía sale de su letargo. El día, los días, que nos embisten como una fiera. Y los ojos se adentran en un horizonte infinito y rojo; desconocido y extraño. Nos preguntamos dónde ir. Y si aquello no será un espejismo. O un fuego irreal. O una montaña de plata. Asentimos con la cabeza. Los momentos se imponen, y la verdad. Volvemos a temblar; volvemos a agarrarnos a las faldas de la vida, a un destino hipotecado que no nos pertenece, a las agujas del tiempo. Y temblando, nos miramos las manos, nos miramos entre nosotros, nos mordemos los labios... Y entre silencios, pronunciamos una bella palabra: muerte.

VI

OTRA HOJA DEL TIEMPO, que no es más que un espacio donde se cobijan apariencias (las apariencias como realidades de la indefensión). Otra hoja u otra pincelada, que igual tiene. Sobre el desorden, el paisaje, los símbolos... La otra realidad.

El invierno sigue teniendo una brisa que se enreda en los corazones y camina por los meses como un ciego. Cada dos por tres, se tumba a la bartola. ¡Es tan marchito!

Febrero empieza a romper los hielos. La luz y la luna, siguen tan locas como el mes pasado. Y el pensamiento, cautivo. Y el deseo, solidificado. Las mismas pautas de otros años ¡Son todos tan parecidos!

La tarde cae como un pañuelo blanco desde los tejados. Vuelvo a encontrar parte de mí mismo entre las cosas que ordeno. Las cosas como partes de muchos momentos, que evoco. Sólo recuerdo lo cotidiano de aquellos minutos. Nada hermoso ha quedado. ¿El tiempo? El tiempo es esa valija en la que viajan las apariencias. Por eso no encuentro nada en mis cosas. Ni en las ramas de mis sueños.

La única verdad son estos papeles, y el invierno, y esta tarde, que pasa lenta, de un febrero agridulce. Ya sin orgullo. Con perdón. Abierto al desprecio. En un juego de apariencias. Y conjugando todos los verbos que profanan mi nombre.

La tarde, plomiza, en la que me escondo como una vieja planta que huye de la luz de las ventanas. La luz y la venganza, las otras resonancias de la vida, que también pasa. Y nada queda para que sea mecido por el viento del invierno: demasiadas ausencias; demasiados vacíos. Sólo hojas manchadas, odas. Tristes palabras en unas horas inmensas, inquietas, en las que el grito regresa para tronchar la calma. Y los golpes suben hasta el pecho, y los pájaros a sus nidos, y las sombras de la noche por las paredes. La noche, que surge; la tarde, que se acaba. Y el tiempo que comienza a ser otro: un espacio donde se confunden las huellas.

Espacios, tiempos, apariencias...

VII

TIEMPOS APOCALÍPTICOS y el rayo que no cesa. Las cartas arden y las fotos caen de las paredes para convertirse en trozos diminutos. La tierra es polvo y el agua sal. Y la noche angustia, cuando las estrellas echan ascuas. Y las montañas derraman la nieve como si fuese lava. Y la boca echa espuma y los ojos se apagan con el sollozo.

Ya no espero nada. Desde aquí oigo vivir a la gente a oscuras. Mis pasos se borran en la tierra, o en los ladrillos. Es un martes de mediados de mes. Voy de aquí para allá, entre una tormenta de voces y una sonata para violín de Vivaldi. Con tantas sombras, parezco muchos hombres. La silla sigue ahí vacía. Hace de trono. Pero yo asisto a la noche de pie, agarrado ahora al marco de la puer-

ta, mientras leo la página de un periódico, mordisqueo una manzana, y converso con el hombre que va conmigo. No hago más que inventar la Historia. Y tocarme las sienes para sentir los latidos. Y encojarme de hombros como un rey destronado.

Definitivamente solo ante un espejo imperial donde se reflejan los sepulcros, las víctimas de tantas guerras, de tantas horas perdidas. Hierve la sangre y el agua del cazo para el poleo. Tengo hipo y fiebre. Y el sexo firme. Y en el ambiente crujen los recuerdos como si fueran frágiles vidrios o frágiles mentiras.

Cierro las persianas, tiro de los pomos de las puertas y llevo mi cuerpo hasta la silla, donde voy degustando un caldo caliente y mentolado. Entre cada sorbo, las yemas de mis dedos recorren con lentitud el borde del vaso y mis ojos los límites de la habitación en la que me hallo. Los reflejos se han disipado. Nada salta ya a la vista. No sé la hora que es. Sólo que es de noche. Y que acabo de quemarme la lengua. Y que no tardarán en aparecer los sueños. Y los ecos del ayer. Y que yo, desde el reposo, continuaré moviendo los hilos de esas marionetas y recitando fragmentos desconocidos. De alguna manera he de consumir el tiempo.

VIII

DÍA 17 DE FEBRERO POR la mañana. Las nubes rojas como el terciopelo. De frío o de muerte. Y algunas pinceladas amarillas. Y tonos ocres en los vértices. Y los pensamientos enredados entre los cabellos y las manos en el sexo, que sigue como anoche: firme. Y el alcohol aquí a mi lado, del que beber, imitando a los dioses y a los borrachos.

Una luz blanca ilumina a este animal que soy. La otra luz me lleva a paisajes idílicos, en otro invierno; a otros cuerpos que mi mente, acuciada por el deseo, dibuja.

Esta mañana, por fin, he desenfundado la espada, que resplandece bajo el foco. Después de tanta crisis, de tanta lealtad... Necesito pecar, aunque sea a solas, y ladrar como un perro viejo y pul-

goso. Y perpetuar mi nombre. Y arrinconar aquellos años baldíos. Ya no creo en el respeto ni en el afecto, ni en la dignidad o en la elegancia. Creo en la botella y en la verga que tengo entre mi mano, que tiembla y alarga el placer.

Suspiro. No sé cómo coño os llamáis; como te llamas. Ni me importa.

Beso la botella y lamo su boca. Entre trago y trago. Mi vaina apunta hacia mi imagen, que se distorsiona con el deseo.

Luego, la tranquilidad, sin darle más importancia a lo sucedido, ni al alcohol, ni a las locas e idílicas imágenes que me han traído esa fe. A fin de cuentas no son más que apariciones ilusorias, e incluso irracionales. Como una necesidad desesperada de amor, de afirmarme ante los días y ante la bestia que anida en mí. Son los efectos de la rutina, de repetirme lo que no entiendo. Cuando uno no soporta sus propias explicaciones, su comicidad, ese montón de frases tan parecidas todas, sus convulsiones, sus búsquedas infructuosas..., lo mejor es hacerse confidente de los botones de la bragueta y volar asido a las alas del deseo más pueril y primerizo que se conozca. Es la única estrategia que tiene todo hombre solo. Y la única libertad.

IX

OTRA MAÑANA; OTRO DÍA; mismo mes. Hoy me toca enmudecer y diluirme en las aguas del tiempo como una gota humana. Y volverme redondo, acurrucado sobre mí, sobre los temores, en un extremo de la cama, como un gato. Y extinguirme como el fuego. Y tocarme los calcetines al sentir el frío en mis pies. Y añorar el ser admirado, querido, buscado..., vivido más allá de la realidad.

Una absurda sensación cubre las fronteras de mi cuerpo. Me siento patético. Y radical. Y sucio.

El día es gris, o claroscuro. Ya no sé. Y el polvo se lleva los años y las arrugas. Y enturbia las pesadillas más de la cuenta.

No soy más que un perfil junto a las cortinas, tan voluminosas. Un perfil destartalado, incómodo

donde estoy. Embelesado con la naturalidad de lo cotidiano, a través de la ventana. Me limito a observar y me siento un farsante. Quizá por eso respire por la boca. Un farsante incómodo en lo más inevitable, en la única dificultad: el tiempo. Un farsante deshonesto, inflado como un globo y vacío como la nada. Un farsante que no desea dejar las cosas como están, como son. Llamando la atención que no merezco, la amabilidad que no hago recíproca..., negando la oportunidad que pido.

Qué rotundo me he vuelto, sin más. Me siento incapaz de presentarme en público, de dirigirme a alguien para entablar conversación. Soy una maravillosa patata. Menosprecio cuanto intento asir, retener, hacer eternamente mío: con frases banales y una lírica mecánica. Sin pisar por donde pisan los demás. Desde esta urna con etiqueta.

Soy un imposible, soy un perfil de trapo, un hombre ilegítimo, un vil diseñador, un músico que desafina, y un poeta impostor. Soy un amante incapaz de amar sin convertirme en un criminal ¿Soy? Era.

X

LA CALLE SE HACE infinita con la niebla y mi mirada busca un horizonte perdido. Sigo tenso e incómodo, y escribiendo en este diario de la sinrazón. Y por más que escribo no logro borrar de mi cabeza los años y las imágenes, a pesar de las tachaduras. El pasado es como un círculo vicioso. Y un engaño.

Ahora sé que no hay ninguna historia que contar, que todo seguirá sumergido y siendo breve, raquítico, constante..., y que hay un solo viaje: el de ida. Ahora sé que no debo preguntarme más, ni buscar, ni esperar..., y que no queda más que la muerte: una promesa de paz infinita. Y sé que la única devoción es uno mismo, condenado a tropezar en su propia danza, en su ritmo, en cada uno de

sus movimientos. Y que debo llevar encima la verdad o un tipo de verdad. Y no girar la cabeza. Y dejar de repetirme las cosas. Y deambular perdido, errante, por itinerarios desérticos. Todo seguirá definitivamente borroso.

Lo que sé y lo que no sé: epígrafes. Y la vida un intermedio, la confusión. La vida, siempre tan inevitable, intangible y equívoca, que juzgamos. La vida como un imposible.

Echo de menos la vida que no he vivido.

XI

FINAL DE UNAS REFLEXIONES, del mes, de los días, de las noches, y del crudo invierno. Trazos, sueños... Partes de la vida que pasa a toda velocidad, y de la muerte, que se eterniza. De mi puño y letra. Nada serio, ya sé, pero es a lo que alcanzo.

Final de un tiempo y de una realidad, que se alejan. Desde este refugio al que vine para buscar algo de verdad, de verdades, grandes y chicas. Y aquí anclé como un barco, como si fuera un Ulises encantado por un coro de sirenas.

Años, cosas, palabras... Nada encontré; ni emoción que contagiaros.

La paz, a fin de cuentas.

TROZOS

(SERIE DE MONOLÓGOS CON RODAMAR,
el amigo marino).

PRIMER MONÓLOGO

PRIMER MONÓLOGO

Quería yo anotar aquí todas las palabras de estos días, palabras de hambre y fuego cuando el amor vuelve a oler a estiércol y una ráfaga de miedo se cruza con otra ráfaga, en tanto que caen las lágrimas y regresa el frío a mis carnes. Alrededor de mí, la nada. El amor cuando ya no nos queremos, consumado en bellas habitaciones, sin preámbulos, sin besos.

Todo por los suelos -esta mañana-, desordenado. Y la luz que entra por la ventana, quebradiza, intermitente, confundiéndose el humo del cigarrillo con la angustia. Sobre la cama, unos ojos cerrados y un cuerpo roto. Y muchas voces contradictorias que van y vienen; palabras de hoy recitadas en silencio con los labios pegados a la almohada. De

pronto, el falso sueño, la falsa ilusión, que me hacer vivir un minuto. Minutos e inventos para seguir pisando caminos, calles, irrealidades. Un montón de mierda, de basura, de mentiras, que han quedado trituradas como la chatarra. Pero nada que guardar, que ocultar, porque no hay rincones dorados para el destrío. Sólo queda acción, teatralizar las horas, los momentos, porque gemir o amar es una forma de hacer teatro, como lo es vivir o transcribir con palabras los sentimientos, que no son más que deseos, arrebatos, carne, porque el amor es la gula del espíritu, que, saciado, deja de creer en ese amor, pues el que come no cree, sino que duerme, y ronca, cosa que suelen hacer muy bien los pobres -lo de roncar-, ya que son los únicos instantes en los que se les permite hacer ruido. Y cuando hay ruido, el teatro se manda a hacer gárgaras. Y también el amor, siempre vestido como las putas, como las Vírgenes, como una Dalila arrabalera, consumiendo guerreros y éxtasis, abriendo heridas, ya que de siempre el amor utilizó la pasión para abrir heridas, seguro de que el desgarró sería una fuente de poemas, de líneas sublimes, de búsquedas incesantes.

Cuando hablo de esto, marino, me gustaría virar, huir de esa mezquindad, de ese imposible que nos tiene siempre encallados, aparcados. Tú en tu

mar y yo aquí, meciéndome entre nanas, entre cebollas, entre Miguel Hernández y los símbolos, detestando las formas, aquellas formas rudimentarias, sin color, sin perfumes, intentando unirme a esa proa espumosa, vomitando la ambrosía de este invierno golfo, errabundo, con la minga fuera para darle por culo al mundo, porque el mundo es una barragana barata que, como los grandes almacenes, pone los precios altos, altos de altura y de cifra, y cuando se ponen altos es que se ofrece poco. Una manera más disimular. Y el mejor disimulo es poseerlo con la minga como lo haría un necio o un paleta, y no por estar dentro, sino por salir, porque cuando uno sale ensangrentado se reafirma, se merita, que es lo que cuenta y lo que estoy considerando. Y volver a pisar por donde ya hemos pisado, pero pisando firme, sin mirar lo que se aplasta, porque se anda mucho mejor sobre la broza, sobre el fárrago, y más si uno va desvalijado, porque pisar firme, y no de puntillas, es como volar sin alas, planear sobre un nuevo plinto, sobre mondaduras, porque lo que importa es elevarse, como importa dignificarse antes de morir. Y gritar desde esa cima, porque no podemos asistir mudos a tantas sorpresas, ni patinar otra vez sobre las mismas miserias, las mismas equivocaciones. Es absurdo copiarnos a nosotros mismos, repetirnos

como loros. Erigidos sobre las cáscaras o sobre el barro, lo que presta es copiar a los demás, que es una forma de creación muy en boga, casi una epidemia. Y, puestos a copiar, nada de resúmenes, de menudencias. Hay que ir al todo y copiar con codicia e insensatez; piratear el ingenio o el atrevimiento; pensar... (pensar no; cuando se copia, no se piensa), considerar al plagio como otra reencarnación, que siempre fue una cosa muy traída y llevada, y lo que se trae y se lleva suele tener mucho de tongo, pero los tongos siempre tuvieron buena acogida por parte del personal, porque el personal necesitaba y necesita huir de la realidad, y por eso sirve cualquier cosa, aunque sea un tongo, o una reencarnación, algo que traspase los tiempos, los espacios, como se traspasan los tiempos y los espacios volando, machacando, subiéndonos en la cima, en las miserias del respetable, aunque eso suene a fascismo, a From, a un ensayo sobre el asesino que cada uno de nosotros llevamos dentro, pero esa es la tela que hay y la que arde, y lo demás gaitas, carcajadas, ridiculeces, porque el ridículo provoca la risa como la muerte provoca aplausos.

Quería yo anotar aquí... Uno anota cuando le es imposible mirar, distinguir, y más cuando la mirada ya no es blanca, cuando los ojos ya no creen. Lo

más respetable sería callarse, como lo haría cualquier hombre culto, esos hombres largos y humildes que veneran el silencio, porque el silencio sólo se puede romper si hay algo memorable que decir. Y yo no sé si todo esto es memorable, pero no quisiera parecerme a esos locuaces ignorantes, guapos y enterados, porque mi intención no es otra que embestir a la fiera, hincarle el aguijón a esa fiera que anida en mí, la misma que me ha convertido en un muñeco, en un monigote feo y horrible, y la puya, el acero, no es otro que la letra, las infieles palabras, porque, como ya dijera Simenon, escribir no es una profesión, sino una vocación para la infidelidad. O lo otro, lo que dijo la Yourcenar, aquella belga macho e inteligente: —“Las palabras traicionan a las palabras”.

Hubiese sido preferible venir aquí a mirar, a embelesarme, mi capitán, a esparcir pupilas, porque cuando se fisga es más sencillo evadirse (la mirada siempre fue más irreflexiva que la palabra). Pero ya no me será posible viajar desnudo o detenerme sin decir nada. Soy y seré un lacayo de la palabra, y nunca más volverá la hospitalidad a mis ojos.

Quería yo decir..., quería yo decirte, Rodamar, desde este diario instantáneo, que se va pareciendo cada vez más a una de esas libretas de

contabilidad (haber/debe), que me siento explotado por los demonios de la confusión, que no son más que cruces eternas que se enganchan a mis hombros como anclas gigantescas, anclas que me detienen, que me exaltan..., obstáculos y normas que no permiten oír mis temores, mis pasos, que siempre fueron unos pasos algo circenses, a lo Charlot, de no saber adónde ir, de bota y herradura, de larga frenada (y uno frena mucho), pasos que chirrían como si fuesen viejos trenes de cuando el vapor, de cuando no había prisas para nada, ni tan siquiera para llegar. Y por eso, porque quiero oírme y que me oigas, te estoy recitando en voz alta, porque esa tristeza salada necesita volumen, intensidad, como todo lo que sale de los utópicos escriños, como si el volumen fuese un antídoto y la intensidad el velo que oculta la artimaña, la comedia, porque la tristeza siempre necesitó mucho chasco, mucho ardid, y mucho salir hacia fuera, y exhibirse, como todo pesimismo, y por eso he optado por una divulgación ruidosa, vibrante, pero de tú a tú, sin intermediarios, como si yo fuese una caracola de tu mar y mi exégesis la historia de un Neptuno, zaleado una y otra vez por las olas de otro mar, la tierra, que es un mar muy vanidoso, sin espumas, memo y asesino.

Y ahora, titán, amigo de letra y vena, cuando

el amor no es más que un pijo flácido y una pata con terminal frígida, inerte como el triángulo de una mula, escasa de mieles, de flujos, y tan blanda como un chicle, ahora, en la justa mitad de mí mismo, otro concepto me busca en la penumbra y me ofrece su agua, aquí y hoy, el agua de ayer, y si grito me abraza, y, me hace evocar unos ojos y una piel, los ojos de entonces, los de aquellos días rojos en los que todavía no habían cambiado nuestras miradas. Ni la piel, que sigue siendo la misma de siempre, la que ha hecho de mí un caminante de muchos caminos por los que me arrastro como una culebra infinita, estúpida, porque la estupidez también mueve montañas, nos mueve, nos induce a murmurar palabras, y nos empuja a amar de nuevo, a pesar del equívoco, porque el amor es una aguja envenenada que nos embarga, que nos humilla, para después dejarnos con nuestros soliloquios y unas cuantas tontas ternuras, definitivamente a solas ante una libreta o una máquina de escribir (un muñeco lírico con el que decir). Y más caminos. Y más hojas, que tanto se asemejan a esos caminos, a esos campos de batalla en los que somos apedreados por un puñado de miserables calaveras, por la carnaza histórica del fuego y del hambre, por el amor. Y punto y a parte, y otra hoja, la segunda, la siguiente, y nosotros tercos, encaprichados,

encoñados, porque el coño de siempre dio lugar a mucha literatura de queja, a mucha protesta, eso sí, poniendo de por medio y como pretexto la figura del amor, el concepto, porque parece que detenerse en un concepto, cantar una oda al concepto, es más profundo y noble que hacerlo con el coño de la tía Bernarda, que se lo lavaba con jabón Lagarto, y que suena más a pornografía (decía Berlanga, Luis, el cineasta de los planos secuencia, que no de los ángulos, que la diferencia entre el erotismo y la pornografía es sólo administrativa). Pero cada cual se engaña como le da la gana, porque engañarse es tan barato como soñar. Aquí hemos hablado de lo uno y de lo otro, indistintamente. O sea, de lo mismo, que es único e indivisible, de una charrería, si cabe, como las que solía soltar Octavio Paz, que, a veces, incluso le salían muy bellas, como cuando dijo que de la sexualidad salía una doble llama: una roja, que era la del erotismo, y otra azul, la del amor. De todo y de nada hemos hablado, de dualidad, de confusiones, porque cuando uno ama se confunde, y yerra, y cabalga a lugares sin nombre como un viejo loco, inventando una historia, esta historia, que tan pronto olvida, como recupera. Y esa historia, falaz o real, qué importa, es la que, a la postre, viene a tiranizar nuestra vida.

SEGUNDO MONÓLOGO

SEGUNDO MONÓLOGO

Corriendo las fechas que corren, no es de extrañar que las nubes de vez en cuando se pongan a hacer la pirula (hace unos cuantos años, una niña - Irene - me dijo que las nubes eran los juguetes del cielo). Hace un rato tenía pensado plancharme una camisa, con tal de salir, más con la que cae... Mejor dejar la pulcritud y la salida a un lado. A estas horas, seguramente que habrá por ahí muchos conocidos pelando la pava, “trotanoches” atiborrados de etílicos y metílicos a los que les olerá el aliento a paté de larvas de lombriz. Y otra cosa: ¿quién me dice que, dispuesto para un garbeo, al ponerme a planchar la camisa, no plancharía más el sudor que resbalase hasta la camisa, que la propia camisa? ¿Y quién me asegura que no

me voy a empapar más que una esponja, dejándome caer por los bares como recién salido de la lavadora, arrugado y sin centrifugar? Nada. No salgo. ¿Estoy...? ¡Nihilistaaa!, gritarían los pedantes de los años setenta al definir mi pasajero estado. Pero, más que nihilista, lo que estoy es marchito, ajado por estas cetrinas despedidas con las que suele bombardearme el frío cronómetro de la vida. Y afa-
noso, diligente, hecho todo un guindilla, un esbirro que husmea en sus cenizas y que, por fin, en una línea, en un pensamiento, en un rincón de una página, se encuentra a sí mismo. Y también con duende, pellizcado de duende, de embrujo, como un Lorca en Nueva York, haciendo de la literatura una cuestión intimista, intrínseca, entre odas y bostezos, entre la rabia y la indiferencia, pero emergiendo, saliendo del brutal silencio, porque cada cual tiene sus maneras de salir del silencio y de encender la voz. Un monosílabo, otro... De pronto, allá a lo lejos, vislumbro una luz asesina y por ella me guío. Como otras muchas veces seguí el rabo de un cometa y me di de bruces con la fantasía, y me rajaron como siete siete. O lo otro, el afán, el enconado afán de adherirme a esos enormes, prolijos y reiterativos culos, pompis como pompas, creyendo que eran las montañas del Sinaí. Son excusas, motivos, por los que uno se tira al monte, a la vida.

Y cada cual, en ese trecho, tiene sus formas de decir, o de gemir, tal que Tchaikovski, que se pasaba de una sinfonía a otra sin darle tiempo a sacar el pañuelo para secarse las lágrimas. Y a falta de Bogart, los duros (*hard-boiled*), por utilizar un término de los años veinte, también recogen sus lágrimas furtivas. Ya lo dijo Raimond Chandler: “Si no hubiese sido duro, ahora no estaría vivo; por ende, de no haber sido al mismo tiempo tierno, no hubiera merecido la pena vivir”.

Y tú di lo que quieras o dispón todo un flanco de arqueros que traspasen las procelosas palabras kafkianas. Igual tiene. No albergo dudas acerca de cuáles serían tus sugerencias: que si un lenguaje más socarrón, tifo, henchido de humor, rápido, suelto, sin sermones, sin monólogos interminables...; que si el Jefe de la Policía se acuesta con el Subsecretario de Defensa; que si Quevedo le pisa el cuello a Góngora... En suma, una facundia que cuente cosas, las que sean, pero evitar, de alguna manera, esas vaporosas homilías que surgen de los cobardes sentimientos. ¿Es eso, mi capitán, o me equivoco? Puedo decirte, te digo, que quien aboga por la intimidad es porque de una vez por todas comprende, ha comprendido, que todo empieza y acaba, porque lo otro, la literatura de viajes, hacer viajes para inspirarse, para escribir, no es

más que un pretexto, porque se tiene maleta, se viaja, no por las montañas, el paisaje, otros mundos y todo eso, sino porque hay mujeres. Es decir, que se viaja al quinto coño buscando eso, coños, que tampoco es que esté mal (por aquello del sustento), pero a mí no me gustan las patatas calientes ni las manzanas (menos mal que aquella chica virginal, la tal Eva, le dio un solo bocado a la manzana, porque si se llega a comer toda...). Como dice Roger Wolfe, prefiero ser un fustigador de la hipocresía, un aspirante, un opositor, ser el azote de la falsedad sobre la que muchos intelectuales han erigido su nauseabundo paripé de solidaridad universal, aunque esto se les atasque en el gaznate o me cuelguen de una sogá.

No creo que se pueda esperar de mí una obra con trescientos pliegos sobre una saga de burgueses catalanes agarrándose al proteccionismo español, o celos y arrebatos, con varias muertes incluidas, en un cortijo andaluz. Sería un parto. Mis tendencias son más bergmanianas, por no citar a don Tennessee Williams, a Paco y a Manolo y a Juan, los tres de aquí, imprescindibles, de grandes apellidos, que obvio por jugar un poco al escondite y a la suposición, autores como la copa de un pino, como lo son los de allá, cruzando el Charco, y los de mi derecha, y los cuatro que nos llegan de Oriente, y

los de arriba, y los de abajo, un manojo entre todos ellos, una veintena, y, cómo no, el ineluctable recuerdo a Cèline, al que también oposito, el escritor con el que a uno le gustaría medirse -como nos medíamos el “cipote” aquellos veranos de mi adolescencia-, y no propiamente por los puntos suspensivos, porque es cierto que el francés ponía muchos puntos suspensivos, sino por lo que tenía de procaz, de escatológico, de indecente y destructivo, que son adjetivos que adornan bastante y de una manera especial todo currículum, como también lo adornan las conductas marginales, premeditadas, inevitables, porque hay que darse postín e investirse de polémica, decir que hemos sido expulsados del colegio o educados en un prostíbulo, porque ambas cosas revisten la biografía de “malditismo”, como lo reviste afirmar que fuimos criados por una loba en un suburbio, tal que Rómulo y Remo, y que jugamos al incesto con mamá o con el *frère*, porque tanto lo de mamá como lo del hermano inquieta y vende, y si no que se lo pregunten a María Félix (una mujer que, según afirmara Agustín Lara en un alarde de genialidad, era tan bella que hacía daño), porque la Félix era una mujer de primera página, qué digo, de portada, y para ello había que largar, y tener salidas en la punta de la lengua (boutades para los del 68 y para los gaba-

chos), como aquella que tuvo cuando dijo que ningún amor tiene un olor tan fuerte como el del incesto. Y etcétera, etcétera... Y más, mucho más, todo aquello que suene a minorías y que raramente encontraremos en la solapa de un libro bajo la fotografía inerte y en blanco y negro del autor, y que es a lo que en realidad opositamos, como opositamos a ser unos crápulas, unos pervertidores de la sacrosanta moral burguesa. Pero uno sabe o debe saber que todavía es lento, aficionado, y que está de prácticas, porque para escalar esos terrenos tan abruptos se exige una endemoniada e inquebrantable voluntad de estilo, y subir, y caer al vacío, y abrasarse, y, sobre todo, vivir desesperado.

Y con esto, dicho esto, marino, que te jodan, porque ya sabes que poseídos somos algo o mucho más peligrosos, capaces de llamarle al arte lascivia, hacer retratos desenfocados o resúmenes subjetivos (versiones lícitas, todas ellas), porque en cada uno de nosotros hay un deseo humano de querer dejar tras de sí una huella, por muy invisible que sea. Por eso y porque estamos seguros del tiempo, de su efecto, de que en breve, en nada, nuestro cuerpo se convertirá en una broma, que tropezaremos los unos con los otros sin llegar a reconocernos como si fuésemos sombras que se desafían o fantasmas de una batalla anónima, goyes-

ca; personajes irreconocibles de un cuadro, ya sin intimidad, sin nada que decir, sin nada que olvidar.

Interior y exterior: uno el que siente; el otro, el que se confunde, el cuerpo irreal, la cambucha que tira a pijama, la macana, la albóndiga, el forro, y, a fin de cuentas, el que da una imagen biliosa, heretical e irrisoria de nosotros, también tan abstracta como distante, de peleles, de espantapájaros de melonar. Como dijera José Luis Borau, “a un hombre como yo nunca le hubiera dado el aspecto que tengo”. Cosas de la traza y de la mercancía, tan ajenas siempre. Fundas y sustancias, efectos, causas... Uno, el cuerpo que viaja, la ficción; el otro, el magín, el que bulle, el que se llena de zozobra, el que busca el fuego que no cesó de arder, galopando sobre frenéticos caballos, entre relinchos y dudas, entre la angustia y la felicidad, a lugares sin nombre.

Somos intimidad, hipotéticos corazones, juguetes que se activan y se desactivan, marionetas pendientes de un cordón umbilical, de un hilo, que no es otro que el tiempo. Como lo oyes, aunque con ello te entren ganas de quemarme como si fueses un Torquemada cascarrabias. Somos “aza-zeles” del tiempo, a merced del cual quedamos, porque el tiempo es nuestro dueño, nuestro aval, el aval de nuestra curiosidad, de nuestra ineficacia. Y

la lluvia es un estorbo, y las nubes, y las ausencias. Me faltan horas, tiempo, y me sobra espacio: la casa se me hace inmensa, la habitación, las hojas... De todos modos, uno nunca escribe solo.

Ya sé, marino, que no te estoy contando una leyenda hermosa. Esos caballos me han traído un hechizo triste. La vida, en esta invierno travestí, se vuelve de nuevo blanda, repleta de fiebres, de aullidos, de modos caducos, porque en este reguero de luces todo me parece caduco. Por eso he puesto toda la mala hostia en venta, vendo todo a saldo, como aquel que rumia su desgracia, que se cansa de todo: de frases, de letras, de músicas, del runrún de la máquina... Y después no sólo tendré que apagar el silencio, sino ordenarlo, porque uno sale siempre de un orden para entrar en otro orden, del mismo modo que se sale de una página para entrar en otra, si bien siempre estamos escribiendo la misma novela y haciendo el amor con la misma mujer. Y éste es un síntoma de viejo, de lentitud, aunque la vejez y la juventud oscilan con la misma frecuencia que oscila el deseo. Son cosas del invierno: uno se encierra en su rincón sin pedirle gran cosa al mundo, sintiendo los latidos del tiempo, de su relé, mordiéndose la lengua pero soltando la mano, porque la morralla se le da mejor a la mano que a lengua, y así, al tran tran, va constru-

yendo un acta, porque un boceto como éste sin trama no es más que un acta, un borrador con el que decirme, decirte, amigo, porque uno enciende la voz y la ordena para decir, para enlodar papeles de mierda, porque todo tiene su poesía, su dimensión poética.

Y en fin, viajero, este es el mar que atisbo desde mi ventana, algunas horas después. Lejos de que compartas mi opinión, mis fantasías amarillentas, aquí quedo: inmerso en ese susurro que nos separa, que nos divide, pululando por campos baldíos, ignotos, dando vueltas como un tiovivo de feria, vueltas y más vueltas por un módico precio, al revés o como viene, pero siempre en círculo, porque uno ya no sabe progresar derecho y porque cuando se dan vueltas se ensaya, y uno se pulsa, se desnuda. Y, engañándome o no, ésa es la manera que he elegido para matar el tiempo. Y así continuaré hasta que el sueño me haga cerrar los párpados. Y entonces creeré estar en otra feria, sí, por la oscuridad y la inconsciencia, sí, pero también por la candidez y el atolondramiento. Aunque, en realidad, ese momento, sólo será un pasmo, un efecto debido al sueño, porque todo seguirá igual, minutos después: el mismo día, el mismo paraíso de bobos, tan antiguo, amigo mío, aquí en la distancia, en este cuarto de ratas, aquí una verdad, una de esas

verdades que no es negociable: ésta; hasta aquí.

TERCER MONÓLOGO

TERCER MONÓLOGO

¿Cómo van tus océanos y tu viaje, Rodamar? Aquí me tienes con unos cuantos accesos de fiebre. Creo que me he convertido en otra persona. He perdido el norte. Me arde la cabeza y no estoy listo para sumas, para rumbos, para mandar este galeón. Necesito tus señales, tus bengalas, tu brújula. Me bailan las palabras, y la lengua; me tiemblan las piernas.

Ha salido el arco iris, todo violeta, deslucido, sin ánimos. Aquí sigo, resistiendo en este inquilinato de roedores a base de lechuga. Y no sé si jalarme las ratas, lo que oyes, corsario, porque me encuentro débil por las décimas, sí, pero también por la lechuga, que me ha dejado la cara de mendigo.

Hace tres días... Llevo tres días sin confianza, estrellado contra los recuerdos, contra el tiempo. Y por la noche contra las rocas, situado en el acantilado, en el piélago. El humo de los cigarrillos pone la niebla. Fumo demasiado, joder, y es preciso cortar con la truja y los “cilindrines”, con los *Celtasfield*. Me preocupa hoy porque me asfixio. Mi pecho parece un órgano asmático y sincopado. Y mis huesos crujen como un universo de guijarros. Estoy hecho una piltrafa, pero he de seguir y aprovechar el viento, ese viento aviva la violencia, y vuelve densos los sucios sentimientos, puro cieno, y hace que las voces resuenen como bocinas de corbetas. Y no quiero que te pierdas detalle, ni un pedazo, capitán, ni colores (aunque hoy, como sabes, el arco iris está un tanto vago, perezoso), ni los escombros que rodarán por ese precipicio... Quiero sujetarme a tu brazo, a tu mástil, y decirte como un Ulises moro o ambiguo, una y otra vez, hasta que me quede sin aliento.

Hoy he conseguido llegar hasta este diario a trancas y barrancas. Tropezaba con los zapatos, con las sillas, me iba hacia la pared, luego hacia la otra... No me apetecía regresar a la batalla, porque esto es una batalla, la guerra que se hace un idiota a sí mismo.

No comprendo bien cuanto sucede, si acaso suce-

de algo. Y encima tengo que echarme a cuestras las cargas antiguas, en tanto que pasan los días y las arrugas se van haciendo realidad. Pero espero no quedar mal en esta ascensión..., en este retorno al pasado, ahora, cuando impera un rabioso presente, mientras tú, visitante de los mares, te agarras al timón y yo sujeto la pluma con dificultad, porque, lo quieras o no, siempre estamos sujetando algo o sujetándonos a algo.

Y te digo esto, Marco Polo, desde la distancia, esta distancia geométrica que parece un eclipse, la sombra de nuestra amistad, de dos encrucijadas, de nosotros, los dos, tú y yo, de dos amigos reversibles y parejos, rollizos y precisos, monaguillos en la mili, recaderos del capellán al que le cabía más de un proyectil por el culo, díptero, chupóptero (el pater, claro, no nosotros), fabuladores de tercera fila, del tres al cuarto o de nosotros mismos, testamentarios, negreros de nuestra mediocridad, de nuestra escondida grandeza, paralelos, juntos, separados por un destino, reunidos en mi casa la noche de aquel día en un mismo compromiso, en un mismo mar con dos murmullos, amigos de músicas, de correrías e infancia, ambos de viaje, buscando a la Dama de las Camelias o intentando pintar la Gioconda más zalamera, y también la mona, porque se impone pintar, subrayar imperfeccio-

nes..., de naranja, de blanco, qué más da, modelos, figurantes, en prosa, en verso, pero hay que pintar, porque pintando se defiende uno e imagina la cara de capullos que pondrán los demás cuando estén ante el escaparate, ante la obra, y la obra no es la gloria, sino el espejo donde mirarse uno y donde irán a parar las babas, la crítica, la incomprensión, y la envidia, que es otra gloria, nacional, diría yo, que planea como un buitre hambriento. Y a éste también hay que pintarlo, capitán, del color más repugnante, y no sólo para que se vea y se mire, y se petrifique del espanto, sino para que se quede de una vez por todas y para siempre en la basura de nuestra razón.

Necesito responder, harto de escuchar en todas partes. Posiblemente te esté hablando con avaricia, sin meditar, sin explicarme las cosas un poco antes. Pero como no hace falta seguir disimulando, pues..., a la mierda con las explicaciones. Tú me entiendes, ¿no? Eso es lo que cuenta.

No me domino. Desvariar es un vicio, como lo es escupir. La Historia me hace rugir, mi historia por fascículos, dispersa, confusa, siempre tan confusa, tan impaciente, tan exigente... Toda ella reducida a cuatro papeluchos sin fundamento. Años de despropósitos, para variar. Esa es mi hacienda: soy dueño de una calamidad. Pero esas escrituras,

aunque me hagan devanear, también me inclinan hacia el vicio, que es algo que atenúa, que disminuye el terror, el pánico a seguir avanzando por una tierra desconocida, desértica, entre gentes, entre cristales, dando tumbos, palos de ciego, como de prestado, pensando que me he confundido y que no debí dejar que me trajeran de allá, de donde vengo roto, ni que me llevaran. Éste no es mi sitio y no quiero quedarme. Por eso rujo, y por eso ando convirtiendo parte de mi historia en fascículos, si bien albergo algunas dudas acerca del sitio elegido y si tanta equivocación va a caber en esta libretilla, ¡aaah, chisss...!, perdón, y si... Por más vueltas que le doy, aquí sentado, no lo veo, ni lo comprendo. Y tampoco tengo una respuesta en los bolsillos a todas estas páginas, ni una solución, Dartañán, ni tengo a mano tu capa negra para cubrirme el rostro, ni es de noche, porque la noche es como una gran capa negra en este bosque de ladrillos y escayolas, para que me entiendas, espadachín, mosquetero, mi casa es el bosque, y estas palabras llenas de fiebres el alimento de un hombre errático, las únicas vitaminas que ha traído este invierno lírico, andrógino y travieso.

Espero que las calenturas vayan siendo cada vez más intermitentes y me recupere lo antes posible. Deseo trabajar en frío y en silencio. Unas

semanas apalancado sobre este diario..., y tendré listos estos monólogos. Pienso que me hará falta mucho entusiasmo, y mucha rutina, porque las cosas -aceptar que las cosas son como son- requieren rutina, y no irse lejos, o divagar, sino hilar, progresar en falso, que es lo mismo, sin trama, sin técnica..., disponer todas esas losas como quien construye una pared sin tener delante un plano. La pared -lisa y blanca-, la hoja, el laberinto de paredes, las hojas sobre las que clavar los hechos con alfileres o con la pluma, porque la pluma también clava, y ahoga, y deshonra, y hace que me equivoque... Deseo, marino, clavar las palabras en estas hojas y en el tiempo, porque las palabras, este amasijo de palabras hace que me vaya despabilando, curando. Y entre todas esas frases, o sonidos (no sé cuál es el nombre más adecuado), dejaré unos espacios para el prestigio, por si cuela. Y entre líneas el olvido, el cuchillo, el comentario, socarrón o no, y el ánimo recuperado, y unas monedas, como los chulos, lo que uno cobra -como anticipo o como comisión- por su mala hostia, porque uno debe cobrar hasta por tocarse los huevos, mi capitán.

Ya no sé qué inventar. Se me caen los cojones al suelo. La fiebre, el hastío... ¿Cuánto durarán? Así llevo...Tres días. Esto no puede durar

mucho más. Pero no me hagas mucho caso. Estoy algo afligido, eso es todo. Además, no es justo. Tú también andas perdido por el mundo -por otro mundo-, colgando tu piel al viento, patinando sobre la cubierta, con los huesos oxidados, soltando amarras, lazos, afectos..., y todavía no he oído tus quejas. No hay derecho; no tengo derecho. En cuanto noto algo... Soy un hipocondríaco. Ya ves, cuatro calenturas y..., ¡el fin del mundo!

Lo dicho, mosquetero, que no te preocupes, y escríbeme pronto desde ese mar dulce que no diviso.

CUARTO MONÓLOGO

CUARTO MONÓLOGO

¡Por fin! Ya pasaron las calenturas, Rodamar. He dormido doce horas seguidas, al menos. Nada más levantarme me he hecho un café, muy cargado, y... se acabó el letargo. Así que aquí me tienes de nuevo, como nuevo.

Tras el baile en la cuerda floja, vuelvo a los equilibrios, eso sí, despacito, porque, como sabes, uno es lento. Y una manera de equilibrar es recuperar la inquietud, el bullicio, porque la impaciencia es el arma perfecta para enfrentarse a las tinieblas, que turban y desorientan, que oscurecen aspectos, y que siempre son muchas. No me importa si soy o no moderado. Es preciso despegar ya. Y a la prudencia y a los consejos, oídos sordos. Y en cuanto a la discreción y la diplomacia... ¿Donde leí? No

recuerdo donde leí que la educación no tiene nada que ver con la cultura. Y yo, amigo, prefiero la segunda. Es más, a la hora de hablar, uno vagabundea tanto que no puede perder el tiempo en comprobar si dijo o no dijo, si arremetió contra alguien, si lo verde se tornó rojo, si el insulto pisoteó el respeto... Si se habla, se habla.. Uno paga tanto su porvenir como su crédito, y más cuando habla solo.

Estoy harto de recular. Y estoy seguro que subscribes cuanto digo. No quiero tener la menor palabra atravesada. Tampoco ser un héroe (no creo en los héroes). Opto por la furia, el tacto, el olfato sobre todas las cosas, por hundir los dedos en la tierra para sacarle el oro, su riqueza, que es una forma de estafarla, como se nos estafa a nosotros con una puta hortaliza, o con una manzana, porque el gatazo tiene mucho que ver con algo vulgar, banal, y a mí también me apetece jugar al pillaje, y dar calabazas, sacarle el hígado o el oro a la tierra, que es muy ingrata, y luego chuparme los dedos como si acabara de comerme un muslo de pollo, y echarle cuatro regüeldos, ¡toma, Jeroma!, porque con el oro hay que eructar -por indigesto-, y zullarse si es preciso, espadachín, Dartañán, por la digestión y por la diversión, porque la voluntad y la pluma no son suficientes para lograr ser guapo y

tener dinero, Baldomero, y por eso hay que robarle a esa vieja asquerosa, y arruinarla para que no nos siga jodiendo, que lleva siglos jodiéndonos, y además en tono desafiante, como toda viciosa, y luego para nada, porque, una vez que nos ha dejado escurridos, siempre hace lo mismo, que no es otra cosa que dejarnos tirados en la *rue*, imbéciles, una forma muy común de rendir a los hombres y ponerlos a sus pies. Y por eso te decía yo lo del oro, abstemio, porque el oro elimina el temor, y la afrenta, y la burla, y además suena y reluce, y, hoy en día, tener brillo es muy importante, como es importante ser fluido y esponjoso, ya que la inteligencia no cuenta.

Esta vida, marino, o esta bandeja donde nos han servido la vida, no es más que un trozo de hojalata, sin lustre, que pasa de mano en mano, mientras van pinchando y picando y comiendo todo un plantel de petulantes que reflexionan ante una copa de licor, mientras se yerguen ante el continuo desfile de gallinas a punto de poner el huevo. Un corral en bandeja, eso es la vida.

Y al oír esto, Rodamar, no te gires hacia mí con una de esas miradas tuyas, de incompreensión. Desde que... Con aquello de la *libertè*, la *fraternité* y la *égalité* (no sé si es éste el orden), la carta..., los camareros tuvieron carta blanca. Y con ella se han

limpiado el culo, ¿lo sabes?, y nos la han mandado sellada y con acuse de recibo. Y nosotros la hemos aceptado para triturarla como si fuese una hoja de morera, porque, de alguna manera, nos va mucho el herbaje, el tapín, la brama, lo podrido, las ideas fermentadas.

La vida y el mar, marino, tu mar, mi vereda, nuestros destierros, tan diferentes; la corteza y el zumo, mi capitán, de la misma naranja, la de tantos años, la que nos verá morir con las botas puestas o sin ellas, amontonados después por el suelo como fiambres, sin formalidades, bajo sus estrellas, rociados con el néctar, el zumo que se nos negó. En la unción, en la bendición, la última, que será breve porque habrá cola, ya que seremos demasiados para tan poco espacio (todos en una naranja, ya ves...) y no tendremos donde calentar la carne de frigorífico, que es como vendrá a ser nuestra carne, fría de frío y de desamparo. Y mientras la naranja baila sobre sí misma, en una de éstas, nuestros labios dejarán de moverse, unidos por ese fuerte pegamento que destila la muerte. Y la vida continuará en otra naranja, y con otro zumo; en otro sitio.

Ya sé que éste no es *El cuento de la ovejita*, amigo, sino nuestro cuento, nuestra realidad, que es más grande que un templo, una realidad fea,

pero las feas también tienen un hueco en los cuentos, y, a la postre, suelen ser las que se tiran al primo, y, si viene al pelo, a toda la tropa, porque la fealdad les hace no tener escrúpulos ni miramientos. Y ésa, la de este cuento, el nuestro, es la que nos ha estado trajinando sin llegar a despeinarse, la que nos ha separado, y la que nos meterá en un frasco y pondrá el tapón. Sí, como lo oyes, pirata, y además, por si faltaba algo -si no me equivoco-, la fea ésa, la misma o muy parecida a la del cuento, era la que a ti te gustaba, ingenuo, que a veces más que un cabrón eres un ingenuo, un picha loca, que es casi lo mismo, y por eso ibas siempre con la mecha encendida, es decir, vendido, y cogías y te tirabas a por las feas como un obseso, como un lord Byron grullo, porque pensabas que era todo un mérito haber hecho vida y milagros con una coja, fea y coja de ambos lados, de toda la columnata, y tan redonda como gorda, como Ribagorda, que suena casi como un pueblo de Valencia, y tú en tus trece, porque siempre pensaste que podías hacer de pigmalión, que siempre te gustó mucho hacer de esto para poder hacer lo otro, y encima te salía bien, vamos, que mojabas, y así hasta que..., ¡sorpresa!, y entonces descubres que la fea, la coja, la redonda, todas en una, sabían latín, porque tú ignorabas que el lenguaje de la mandanga, que se puso

muy de moda cuando Roma, era el latín, y en vez de retirarte, nada, continuabas. Y así vinieron otras: la manca, la ambidextra... (nunca te pregunté por aquella muerta que era tan virtuosa de joven, pero...). Y volvías a insistir. Una vez más. Y otra. Hasta que un día, mitad despistado, mitad envalentonado, ¡pum!, vas y te tiras de cabeza a la realidad. Hombre, que eso lo haga yo, pues pase, pero que lo hagas tú..., que eso lo haga un tío pragmático, sensato y pasmado... ¡Qué quieres que te diga! El caso es que, lo mires así o asá, lo cierto es que fuimos violados por una chiflada, ceporro, y lo peor no es eso, sino que nos tiene dispuestos sobre su regazo mientras ella monda una naranja. La vida, la naranja, la fea..., el cuento.

Ésta es la visión a través del cristal de enfrente, a no más de dos metros de distancia. También veo tu cara, tu gorra, tu pipa, y tu vela, amigo. Te veo con los ojos clavados en tu pasión, en el agua, respirando hondo, viviendo. Al rato, entras en trance, y, abstraído, al compás de las olas y de la memoria, te dejas llevar por los puertos y las horas de tu aprendizaje. Y sonríes; veo cómo sonríes. Y luego te restriegas la mirada y te recobras, y el humo de tu pipa, como un tul, te recubre y te difumina, por momentos. Andas como un gendarme, con las manos atrás; te detienes. Por el horizonte

desaparece el sol. Tu camarote: libros, cartas, la taza de té, la cama deshecha, la carta de navegación... Tú y tu barco en las noches interminables. Otra noche interminable en nuestros mares, mi capitán, a través del cristal, por el que ya no te veo. Ahora sólo quedan reflejos de aquí dentro.

QUINTO MONÓLOGO

QUINTO MONÓLOGO

Aquí sigo, Dartañán, entre las estadísticas, porque tengo la sensación de estar haciendo una estadística, y el dolor, caliente todavía como el pan recién sacado del horno. El tiempo es tan impreciso y bisexual... Tú esclavo de tus viajes y yo de mis instintos. Cada día, cada mañana, temprano, vuelvo a meterme en la lumbre para quemarme por dentro. Aquí en esta casa, la mía, lejos de la lógica o de las metáforas, entre tu figura y el silencio, entre dos caminos, donde conjugo verbos, los más sucios: participio, presente del indicativo, subjuntivo... Y esa suciedad me lleva al pasado, a capítulos del pasado que se suceden uno a otro en las paredes, convertidos ya en sombras donde me veo, te veo, sin que sea necesario leer los subtítulos:

son unas imágenes tan explícitas, tan absolutas... Y siento su miseria, y las huelo (las sombras siempre huelen a podrido). Y no sé si gritar, amigo, si ir a dar un paseo en busca de fachadas repletas de graffitis, contra las que estrellarme, que posiblemente exhiban menos mentira. Dudo si cambiar los graffitis por el pasado, aún pendiente, porque si me decido por ese monstruo, después me tendré que hacer un café muy cargado para eliminar el sabor al vómito y encenderme un cigarro con una cerilla, por fumar, claro, pero también por iluminar nuestra amistad y mis labios negros. De paso, aprovecharé la cerilla para prender fuego a los salvajes dioses. Terminado el fuego, bailaré un bolero con esas sombras griegas, platónicas, pretéritas, que son muy putas y se arriman la hostia, y les enchufaré el tubo de acero, la "chorra" o la *coca-cola* de litro y medio, ahí, en ese rincón, corsario, justamente ahí, donde permaneceremos como adolescentes extasiados, embrutecidos, ansiosos. Y luego me pondré con los brazos en cruz como Nazarín o Espartaco, como tantos otros, enfrentado a esas sombras de la pared, a Drácula, que, por cierto y dicho de pasada, gastaba buen número (¡menuda escarpia!); en cruz como en la academia cuando no me salían las ecuaciones, porque el pasado es una ecuación con mucha incógnita, de mucho barullo, de calentarse

la sesera para nada, o para lo mismo, porque, una vez que te la has exprimido y que has sido vejado, cuando estás a punto de tener la solución o cuando ya la tienes, te dan ganas de clavártela en las venas: crimen y castigo.

Ya ves, mi capitán, todo como un juego, que hiere y mata. Y ahora hay que disponer, cortar, tapar; ahora hay que quedarse a este lado, donde las cosas son escasas, y donde me siento algo extraño: ¿qué hago aquí? Hemos colmado... El tiempo no da para más. Lo queramos o no la vida pasa de una forma muy rápida. Y nosotros, esquivos, nos hacemos eco del desdén. Y las monedas (el precio) siguen cayendo a la cajita cuando nos confesamos, mientras se vuelve a oír el murmullo del agua, bendita o no. Y los días siguen siendo rojos, muy rojos, como si el cuchillo del amor los fuera pintando de muerte.

Me estoy interrogando inútilmente, marino, y no te dejo soñar en tu mar con el viento. Una y otra vez vuelvo a mí mismo, a las piedras, que forman un hueco perenne, que he de llenar con sonidos de otras tierras. Sonidos más que explicaciones, porque todo esto tiene mucho de aseo, de limpieza, de evacuar sufrimientos, pero poco de claridad, y además las explicaciones que doy son pocas y densas, confusas, como la letra de un aria, que se repite

mucho, y yo me repito más de la cuenta, y eso no es correcto puesto que uno ha venido aquí a aclararse, maldita sea, pero no puedo: me revientan las tripas, y me pesa el ser, y mis gafas de sol están empañadas de hiel, y todo así en este invierno negro.

Lo peor son las noches: se me desnudan las hojas. Y el cansancio cruje en la habitación. Y me embeleso demasiado. Y lo único vivo es la luz de la bombilla. Y el frío regresa al cuerpo, que no es más que una sombra que expulsa sensaciones. Como te lo digo, escritor. Cada vez estoy más convencido que la noche se hizo para dormir, y la tarde para fornicar, y... La balada de un bastardo, que es en la faena que estoy ahora, requiere la mañana, que suele traer rayos de calor y seguridad, y que es cuando uno vive, cuando salen las risas con más facilidad, porque la mañana es la ruta de la costumbre, del agua sobre nuestro rostro, del desayuno, de esas canciones que cantamos al compás de la radio, de mesarse los cabellos y tocarse los huevos, de las noticias de los periódicos, de olvidar la edad al ver cómo sube cierta parte del pantalón (¡joder, esto es *demasié*, *tu mach!*), y, sobre todo, porque por la mañana no ves o no quieres ver cómo te pudres. Y luego las incertidumbres, el miedo, el misterio... Por la mañana no hay nada de eso. Y

menos al amanecer, que no hay circunstancias y te levantas hecho un superman, con halo o flequillo en la polla, y, de alguna manera, estás más de acuerdo con lo que te rodea y contigo mismo. Y por eso ando sopesando la noche, marino, porque por la noche no somos nada.

He vuelto a olvidar... ¡No sé qué pasa con mi memoria! Muchos recuerdos han caído como si fueran escamas. Me he olvidado de tu mar y de tus olas, de la palabra justa que quise decirte cuando te marchabas y que no te dije; me he olvidado de tus barcos y de tu cielo, de la luna azul y de las gaviotas, de la fantasía... Todas las noches ocurre lo mismo: que si la indiferencia, el hastío... Me invaden los ramajes de la eternidad y sólo sé herir papeles, que son bombas que explotan ante mi rostro. Y no te creas que no me jode, Marco Polo, viajero, porque no se pueden olvidar los trozos de nuestra historia y embriagarse de ligereza de una manera tan inconsciente porque, a la mañana siguiente, el puzzle no cuadra, y la amistad pierde su sitio, y ya no sabes que trocito de cartón es, ni dónde va, y..., lo que te digo, que por la noche hay como un eclipse entre nosotros y por eso me cago en las putas noches, porque no me llegan las cosas: ni tus cuentos, ni tu afecto, ni nada.

Y a todas éstas -pueden preguntarse algu-

nos, muchos-, ¿qué te estoy confesando? ¿Qué es todo este bla, bla? Que si un acta, una estadística; que si no hay trama; que si soy un pretencioso, un retórico; que si no hago más que bascular: de lírico a prosaico, y viceversa; que si voy de estilista; que si esto no se vende ni acompañándolo con alguna cosita como regalo; que no habrá quien le hingue el diente; que no cuento nada; que no pasa nada... Esto es lo que oye, lo que oigo, lo que se oirá. Y, sinceramente, a veces con tanto rum rum me desplomo. Otras, haciendo caso omiso de la tralla o restándole importancia, me digo: “Que les den... Y con las disertaciones ésas de los cojones que se hagan un bocadillo de kilómetro y así revienten...”.

¿Cómo lo ves? Yo he salvado películas por una escena, qué digo, por un solo plano ¿Por qué no salvar un libro por una sola página? Pero no. Y todo por los cánones: o sigues los cánones o..., al vertedero. A uno no le dejan desinflarse o matarse como le venga en gana, porque, de algún modo, esto es una forma (otra) de morir. Y de estar a tu lado, marino, imaginariamente. Y el único engañado, si acaso, seré yo, éste, aquí, ahí, al otro lado de la medianoche, que es un cenicero de siglos, de penas, de destellos, de hechizos, de horas de una vida.

Mientras escribo... Cada vez me cuesta más

arrastrar el barco por mis atlánticos, cuando sopla un viento del sur, extraño, huracán, y una tormenta de lágrimas azota mis mejillas. Y al mismo tiempo que lloro, canto, y me voy desnudando para mañana, tan cansado como estoy, y hago sonar las campanillas, porque en todo adiós, fugaz o eterno, hay música, o tilín, o tan tan, porque el sonido hipnotiza, y los párpados van cayendo lentamente, como cae el telón o las velas, entre acto y acto, entre aguas, a mitad del camino de un delta de caminos, porque se hace preciso detenerse, y dormir. Felices sueños.

SEXTO MONÓLOGO

SEXTO MONÓLOGO

Una noche, por fin, para aclararnos, marino, para tener referencias durante un par de años; otra noche para escribir. Luego, el vacío: seré hijo del vacío y las manos se me dormirán, inactivas. Y la botella de vino embriagará mi alma, mientras tus versos, capitán, regocijarán mi corazón en medio de otra noche, y un silbido me pondrá en el camino del gran ausente: tú. Y ya no sabré usar la vida. Todo este tiempo en dos noches, ya ves qué poco. Pasaste siete horas en mi casa, hablando con voz de espía, cosa que me hizo que te tomara más en serio.

Entre el escepticismo y la burla, intentamos cambiar el rumbo de las cosas, sin éxito -supon-

go-. Perdimos el combate. Así que por ahora, hasta ahora, todo han sido intentos. Qué lástima, qué rabia. En el fondo, somos representantes de lo que más detestamos: el fracaso. Sí, porque los fracasados no son más que unos mercenarios, gente servil, repugnantemente servil, gente que no ha aprendido todavía a vivir, que anda perdida como un perro, y sin collar. Y ahora, ese fracaso y esa noche, quedan condensados en unos cuantos folios que no son más que una barricada inacabada, una triste ilusión. Intentos.

Como ves, seguimos equivocándonos y colgados con la cabeza hacia abajo como los murciélagos, mientras esperamos a un hipotético tren del que nada sabemos: ¿Llegará...? ¿No llegará...? Y el tiempo pasa. Y hay mucha renuncia. Y no hemos escrito el futuro, quizá porque no existe, sí, pero también porque siempre estamos en los espejos del pasado, mirándonos en el pasado, que es un laberinto equívoco, ruin, desconocido e incorregible. Y eso es cosa de filósofos. Así que..., o viramos o mal nos va a correr el pelo. Y con ello no digo o no quiero decir que dejemos de hacer lo que estamos haciendo, sino que pongamos toda la carne en el asador y nos dejemos de precauciones; que seamos osados, descarados; que..., que dejemos de hacer el gilipollas, porque hoy por hoy se puede

vender hasta la mierda (de hecho se vende). Por tanto, olvidémonos de la ética, del sonrojo, del qué dirán, y comencemos a alzarnos sobre las cabezas de los demás levantando lo que sea: un palo, un camafeo, un escoplo, una obra..., algo, no importa qué, pero algo que certifique o represente una pequeña victoria, porque yo ya estoy harto de quedarme quieto a verlas venir, porque siempre viene lo mismo. Y, de acuerdo o no, quiero que pienses en ello, en esto; que pienses y que actúes, que dejes de mirar con los prismáticos a los delfines, y que saques el trabuco, y que vayas limpiando el viejo cañón ése que va en la cubierta, porque ya no podemos fallar o decir -argumentar- que nos pilló a traición, o que no teníamos nada a mano para defendernos. Recuerda una de las cosas que dijimos aquella noche en mi casa, aquí: “La pluma o la ametralladora; la revolución”. Todo tiene que terminar, que cambiar, con sangre o con tinta. Y tanto la una como la otra, ambas, exigen huevos, que es por donde ahora estamos colgados, de los huevos, compadre, boca abajo como los murciélagos o como los trapeceistas, en reposo, pero colgados por donde más duele, porque somos de esos que decimos “aquí nos las traigan”, o, si no de esos, de los que siempre llegan tarde, cuando ya no queda nada, más que humo. Y así, ya me dirás.

Por eso quería yo decirte que dejes de peinar las espumas como Aleixandre o los del 27, y que te vengas para acá. Juntos podemos conseguir incluso que el sol se detenga, porque dos son muchos, hasta para morir, para llevar a cabo el inmenso trabajo pendiente, que ya se amontona en los rincones de la vida, que es la única que nos espera, de veras, la única que nos llama, del mismo modo que yo te llamo a ti ahora. Y a tu barco que lo guíen los peces o el susurro del viento, que eche mano de la poesía, donde no hay barcos a la deriva o deambulando por mares piratas, porque un poema siempre tiene un puerto de amarre dispuesto, o, si no un puerto, sí una lírica estable, sentida, concluyente, donde pueden reposar los barcos, como reposan los sentimientos, para, después, morir allí mismo, entre sus versos.

Te necesito aquí, marino, para una nueva ofensiva, para emanciparnos sobre un columpio, mientras la luna resbala por nuestros rostros como la leche de nuestras madres, cuando la lactancia. Y te necesito porque el destino nos convoca otra vez en esta justa mitad de la vida, que, por cierto, todavía no he aprendido a usar a solas. Así de fácil. Y no me vengas ahora con aquello de que la felicidad es frotarse las manos y rascarse la barriga bajo la sombra del legendario algarrobo, porque, entonces,

los algarrobos seremos nosotros, iluso, porque la felicidad, el amor..., todos esos nombres abstractos no son más que muertes anunciadas que suelen dejarnos la mente fría. Y, oye, si nos sale mal... De momento, mal ya nos ha salido. Piensa en aquello que decía Calígula, más tarde reivindicado por Albert Camus: “¿Quién se atreverá a juzgarnos en un mundo en el que nadie es inocente?”. Claro que, con todas las de la ley, puedes argüir que, si acabas de marcharte hace nada, días, cómo es que ya te estoy requiriendo... Pero yo sé que tú eres sensible y un inteligente fulano, y que me dirás que sí, que aceptarás, que vendrás, que darás marcha atrás en tu viaje. Y no por complacerme, por vanidad o para que no me sienta desoladamente solo, sino para luchar juntos, para dejar de ser unos perdedores ancestrales abarrotados de piedad, unos parias e iletrados, que es como nos define la lógica del Poder, como nos califican los sacamuelas y los arrogantes, esos hombres grises incapaces de escribir de pie, que se acorazan en sus mentiras, y que, sin embargo, son los únicos supervivientes que gozan de esplendor y plenitud. Por eso o por esto, más que por otra cosa, tienes que venir, porque hay que acojonar a esos consumados histriones -tan excesivos siempre- con la palabra y con la batuta, y yo solo no creo que pueda, o, por qué no

decirlo, que me atreva, porque el mínimo son dos, un par con un par, y... Que te tienes que dar media vuelta, mosquetero, como se dan la vuelta los escarabajos o los bailarines, anda, caracol, pendejo, que vamos a armar la marimorena, que ya está bien de que nos suplanten en la fama y que nos estrujen hasta la muerte. Y te lo estoy diciendo a media voz, reservándome la potencia para después gritar en esos horizontes que nos esperan. Así que cuida tu garganta y tu pecho, y la mano, cabrón, porque a ti la mano se te va con nada, como se te escapa la mirada, y si se nos empiezan a escapar las cosas, entonces, de suceder así, todo estará listo (visto) para sentencia.

Tenemos que sorprender, ¿me oyes?, debemos sorprenderlos, y de ahí que te hable a media voz. Si queremos... El sigilo se hace obligatorio. Cuando llegue el momento, nuestra palabra estallará contra sus ventanas. Y ya podremos reír, morir riéndonos. Y nada más. Bueno, sí: que te vengas cuanto antes.

Dime, amigo, ¿hace la oferta? Quiero que sepas que los brazos están abiertos. Aquella noche... Lo que hablamos aquella noche no lo podemos tirar por la borda. No me sirve que me digas que ya lo sabes, que te das por enterado, que soy un pesado, que me repito... La vida es una

repetición, un bis prolongado. Por tanto..., nada nuevo. Hemos de partir pronto, tan pronto como aparezcas por aquí. ¿Hacia dónde? ¡Qué más da! El caso es salir del hoyo antes que vayamos o nos lleven al otro hoyo, o que volvamos a perdernos, o nos dejemos manipular de nuevo por el azar.; antes que seamos insultados, ignorados, vapuleados, devaluados... Iremos a todas partes y a ninguna, allí iremos, escribano, hacia el fulgor hidráulico de esa luz que todavía alumbra, nos alumbra, para volver a empezar, en otro amanecer sin relojes, sin fragmentos de todos estos años, pensando que nacemos por segunda vez, con otro nombre, con el paso cambiado, con la vida cambiada...

No sé, almirante -cada página que pasa te asciendo de rango-, si cuanto te digo es una ilusión o un sueño, pero lo que sí sé (y además con toda certeza) es que a ese sueño lo quiero violar, desvirgarlo de una vez por todas, porque no puede venir a mí cada noche y reproducirse, como si nada, sobre todo porque, como pasa con todo enigma o con toda profecía, no sé cuáles son sus pretensiones. Y por eso deseo violarlo, para estar dentro de él y enterarme de qué va la cosa. Y no le consentiré que se calle, porque a veces los sueños son tan callados... De una forma u otra, le obligaré a que se explique, con la palabra o por señas, como sea, y si

se niega lo atornillaré del pescuezo y haré que me relate sus devaneos oníricos, porque ya está bien de soñar a lo tonto y que no se cumpla nada, aunque sea un sueño. De ahí que haya decidido ultrajar lo onírico de una puta vez, y rasgar su himen en un vals enternecedor y violento. ¿Qué quiero decir? Que a partir de ya seré despiadado con las utopías, que han sido, a fin de cuentas, las que han roto mi inocencia. Ya no quiero fingir, ni que me cubran de mentiras, porque la mentira es como la anestesia: te duerme para que no sepas la verdad. Pero luego quedan las marcas, las cicatrices -imborrables-, que son los referentes del mangoneo y la alfaguara de todas estas palabras de hoy, de este invierno, cuando es de noche, muy de noche.

¿Estás escuchando? Cuánta contradicción, ¿verdad? Primero te hablo de la revolución, de nuestra revolución, y después, como un Judas, la niego. Primero te hablo de la ilusión, del sueño, porque soñar es barato y nos ayuda a vivir, y después te digo que deseo violar al sueño. Es la locura. Berreo como un loco, contagiado por la histeria colectiva. Y a eso, más que nada, tienes que venir, a ayudarme a salir de esta locura, antes que rompa los cristales y comience a echar espuma por la boca, y pierda la noción de todo. Y no me digas que

me busque un psiquiatra o un hueco donde teatralizar con mi telele. Ambas cosas me dan pánico. Mi terror no es una cuestión de píldoras o calmantes, ni de alzar la lengua mientras me restriego contra el suelo como una foca declamando frases huérfanas y fuera de contexto ¡Hombros! Esta miseria -porque la locura tiene mucho de miseria- pide hombros sobre los que escanciar las lágrimas, que son tantas que formarán un lago; hombros sobre los que abandonar el miedo; dos hombros, el izquierdo y el derecho, donde enganchar las anclas eternas..., y un cielo azul sobre el que proyectar el dolor, y una amistad, y un inmenso abrazo para deshacer las penas. Locura y pena; amor y rabia. Y entonces ya no me importará que nadie lea una de estas líneas, porque serán líneas pasadas, lejanas, vividas. Y más tarde vendrán otras líneas diferentes, escritas de joven, como un joven, escritas con una mirada más limpia, sin rumor de otros mundos, sin límites. Y el agua será agua y el silencio, silencio. Y ya no habrá más tiranías, ni violencia, o inviernos oxidados que me obliguen a coger un tintero negro y escribir una historia rugosa y vieja. Y así lo veo, y así te lo digo. (Espero que te pongas a remar sobre las hojas verdes antes que sea el viento el que las mueva. Será dentro de nada. No hay tiempo).

SÉPTIMO MONÓLOGO
Y ÚLTIMO

SÉPTIMO MONÓLOGO Y ÚLTIMO

Aquí tienes mi confesión, viejo lobo. Trozos, palabras de ayer y de siempre; de piedra. No te preocupes demasiado. Escucha y navega. Esto no es más que otra forma de preguntarse qué es la vida, otra interrogación más. La vida... ¿Qué importancia pueden tener a estas alturas las definiciones o los acentos?

Todos estos campos de batalla huelen a nada. El invierno ha roto mi inocencia. Y el deseo se deshace entre las sombras, y ya no pregunto; ni busco. Y tu nave se aleja por el mar. Sé que no regresarás, que quieres ser libre, que te convocan otros destinos, otros engaños (cada cual elige su carnaval de miserias).

Día tras día y rayando sin cesar la memoria, iremos cumpliendo la condena, los muchos siglos de condena, porque el mundo siempre está echado hacia atrás como un perfecto cobarde. Una hoja, una pisada, una huella, las huellas...

Nos han engañado, marino, y por eso caminamos tambaleantes... El mundo se ha detenido frente a las incógnitas. Y ahora ladra como un monstruo herido, acojonado, débil; ladra ante nuestra noche, ante sus propios siglos, ajado y laxo, y diminuto, y breve, tan breve como nuestra risa, que se diluye como un terrón de azúcar en el espejo de la vida. ¿Un espejo? ¿La vida tiene un espejo? ¿La vida es un espejo? La vida es vivir: nada.

A MODO DE EPÍLOGO

Mañana empieza hoy

Mañana empieza hoy

1

Un día, por esas cosas que tiene el azar, cayó en mis manos una carta de mi sobrina Diana, que por aquel entonces contaba con dieciséis años. Nada más terminar de leerla, la llamé para si tenía a bien concederme permiso para incluir la misiva en cuestión en este diario de vacíos y sombras, del amor no correspondido, de los sentimientos que se evaporan, de la pasión exigente que no olvida ni perdona hasta el momento que los cuerpos se funden en uno (espero que no piense que soy un osado). Y el final de esa carta..., el final me pareció tan prosaico como maravilloso. Había que comer y el amor podía esperar.

Las yemas de mis dedos tocan delicadamente el cristal de la ventana. Mi casa se contagia rápidamente del frío exterior, al igual que yo misma. Es una de esas típicas situaciones que suceden en los típicos días en los que te da por recordar. Pues eso: recordando. O tal vez sería más acertado decir recordándote. Pero ciertamente, ¿qué es lo que recuerdo? Es más: ¿hubo alguna vez algo que mereciera la pena ser recordado? De lo que siempre me acuerdo es de tu físico, que lo tuve que ir adivinando con el tiempo, con mis ganas. Y ahora ya no sé si era lo que realmente me importaba ¿De tu personalidad? Nadie es perfecto. Demasiado temperamental; demasiado seguro de ti mismo. ¡Las veces que te podría haber abrazado o haberme aprovechado de tu forma de ser, tan vulnerable conmigo! No por un tema moral y todas esas cursiladas que se suelen añadir, sino porque no podía tocarte. Tampoco mirar cómo respirabas. Sólo llegaba a imaginármelo.

Todo en nosotros era sentimiento, atisbo, aproximación. Totalmente eidético. Pero..., ¡qué más da! No existían ataduras: ni por esto, o aquello..., por nada. Yo contigo, lo peor de mí; tú conmigo, lo mejor de ti. Malos tiempos..., sí, lo pasamos realmente mal, y te pido perdón por ello, por esa manera que tengo de hacer las cosas. Frente a esa

impotencia, o al anhelo de ti, sólo sabía envenenar las palabras y mis sentimientos. También los tuyos. Y al final..., nada. Después de soportarnos y aguantarnos, ¿qué quedó? Nada. Incluso el trato que te propuse en aquel momento, te pareció muy infantil. Pero estaba tan decidida que no me importó. Luego, esa decisión me duró veinticuatro horas. Aún puedo recordar lo que me pediste: — "no me olvides (decías nervioso), no me dejes, guarda por favor mi número de teléfono..., yo no te volveré a llamar, o quizás lo haga de vez en cuando... Acuérdate..., ¡acuérdate!"

Tu recuerdo se disuelve como el humo. Queda el sabor, un sabor que, por más que me enjuago, se resiste a desaparecer. Te escribo sentada en el suelo, pero me temo que tendré que levantarme porque el frío es inhumano, casi tanto como lo eras tú en ciertas ocasiones; tanto como lo fui yo. Bueno, me voy a dejar de estupideces porque está al caer mi madre. Vamos a comer. Feliz cumpleaños, amor.

El amor... Amar es realmente una enfermedad que no siempre se cura. Y entonces lo que resta es hacer terapia y un poco de música con las palabras, batiendo la sangre como si fuese una clara de huevo, con un lápiz de punta muy afilada —no puedo ver un lapicero desgastado sin que

haya un sacapuntas al lado—, e ir anotando y rimando las sensaciones. Todas, y todas juntas, revueltas, en un intento de llegar a eso que se llama poesía. El experimento no estuvo nada mal: llegué a quedar finalista del premio de poesía Ernestina de Champourcín, qué curioso. Pero ya se sabe... Cosa de los premios. Y con el dolor sólo no se gana. Me gustaban (y me siguen atrayendo), entre otros, Panero, Cernuda, Hierro, Gil de Biedma... Por cosas distintas. Algunas veces, hacía un lapso, dejaba el libro de Leopoldo boca abajo, me daba la vuelta e iba a la estantería y desempolvaba a Pablo del Águila, un joven poeta, recuperado para la memoria por Félix Grande. Y, si por un casual, leyendo poemas entraba en trance, entonces buscaba entre las novelas una que tuviera una prosa corrida, sin muchos puntos y a parte o suspensivos, y con ésa fórmula no tardaba ni dos minutos en olvidar la melodía de aquellos poemas en los que el destino era una línea llamada peligro de la que era difícil retornar y pisar tierra.

El amor es extraño. E inestable. Y caduco. Y pende de un hilo, que suele romperse. Y cuando se rompe, hay que entregarse a la mala racha y no resistirse a los malos tiempos (dicho de otra forma, el amor son treinta minutos en el asiento trasero del coche). Los vientos de cambio son caprichosos.

O son leyendas del mañana, como viene a decir una vieja canción cuyo nombre no recuerdo. Las fuerzas negativas se atraen. Cuando esto sucede, lo que se impone es caminar muy despacio bajo la tenue luz de una luna, apagando el recuerdo de las cosas, la luz de las sensaciones, y escuchar atento el chirrío del olvido y las pisadas de oso, la suela de los zapatos al tocar el cemento de las aceras o del asfalto, inclinando el torso y la cabeza como un esclavo que no sabe para qué sirve su libertad y que no tiene adónde ir, encogido de hombros como cualquier borracho o jugador desplumado, personajes que vuelven a casa y fuman aspirando la ruina, la derrota.

De siempre viví rápido, como el poeta de las suelas al viento. No tengo paciencia. No dejo que las historias vengan a mí. También, en todos estos años, siempre se interponía algo: cuando no eran los recuerdos, aparecía la esperanza, que es en lo que se divide un hombre. Necesitaba respirar un aire sin mariposas, sin destino, como una criatura que se enfrenta a un duelo. Y conservar el gesto de niño y un par de zapatos preparados para el éxodo, para deambular perdido en las noches imposibles, mientras soportaba el dolor que infringía una demanda de amor, ese mandato categórico que te hace ir a los confines del universo y subir las esca-

leras de la ciudad convencido de que llegarás al cielo, aunque después con lo que te encuentras realmente son con las escaleras que te llevan a la última planta de los grandes almacenes. No buscaba unos zapatos para huir, sino para olvidar. Y una manera de olvidar es andar, acumular cansancio físico hasta que las espaldas pesen como anclas y los pies se arrastren por la tierra sin las mínimas fuerzas para dejar tan siquiera unas débiles huellas. Tampoco podía permitirme el lujo de quedarme detenido en el tiempo. A lo sumo, unas palabras, unas líneas de protesta. Pensaba mucho; escribía poco: unos renglones escasos y torcidos, a mano, ringorrangos, alguna ocurrencia para ampliar en su día... Mucho cuento o un cuento que servía para darme lástima a mi mismo. Y más puntos suspensivos... Y mientras tanto yo abandonaba mis sueños por miedo al fracaso o porque tal vez no hubiese sabido qué hacer con el triunfo.

Lo de las suelas al viento...Andar me ayudó a eliminar el dolor, a vaciarme, y sobre todo a echarle un pulso a ese clon que llevamos dentro al que no le importaba perder la dignidad buscando donde ya no quedaba nada que buscar o luchando por un amor sin otro sentido que la flagelación, herirme en las entrañas, como quien se empeña en encontrar el trasero del diablo y arder en unas lla-

mas gigantes. Ya no hablamos de imaginación, sino de locura, cuando hay que saber que la llave del corazón de una mujer es un regalo inesperado en un instante inesperado (no hay una regla escrita donde diga que hay que aguardar la llegada de la primavera, que siempre hace magia con los cerezos).

Recuerdo ahora las escuetas palabras que la abuela Leonor me dijera un buen día con ese timbre aterciopelado y su manera de decir tan particular (ese hablar pausado, en tanto no dejaba de mover las manos como palomas delante de mi mirada): -“la vida, hijo, no es encontrar seguridad, sino encontrarse a uno mismo. Hay que dejarse llevar y fluir como un río. Y caminar y recordar”.

¿Era éste, acaso, el orden? Qué cabeza, la mía... Pero, bueno, no creo que eso importe. La abuela proseguía: -“abrazas el tiempo y camina junto a él interpretando cuanto encuentres. Muy pronto comprenderás que la vida no tiene sentido; sólo propósitos. Y que para llevarlos a cabo necesitarás un sueño y una memoria. Y saber que hay mañana. Rara vez hallarás la respuesta a todo lo que andas buscando, pero lo importante será no dejar nunca de buscar. Es un viaje apasionante. La vida no es más que una balada de los juegos del destino”.

Cuando el amor ha sido abrasado por el

fuego, lo que queda de alguna manera es saber amortiguar el miedo a la soledad y evitar que la mirada se quede colgada en el infinito.

Yo había nacido en una historia que no le interesaba a nadie y, como toda marioneta con una cuerda sola, al final termina cayéndose al suelo. Ahí justamente comprendí dos cosas: una, que no se puede ocupar el lado del otro si está vacío; y dos, que no se debe escribir sobre el amor hasta saber cómo se deletrea. Y puedo añadir una tercera: hay que volver a nacer y, al ser posible, en otro lugar, en una hora distinta, y en un entorno diferente. De nada sirve huir o dedicarse a beber brandy barato, fumar tabaco nacional, apestar a chascarrillos de taberna, mientras regalas tu deseo a la primera invitación que se presenta. Ningún guerrero moribundo tiene derecho a curar sus heridas o a reparar su corazón en un taller de objetos donde las personas se usan como pañuelos de papel. A eso se le llama cobardía. Y no sé qué era peor, si la falsa sonrisa cuando me preguntaban por mis sentimientos o el pijama a rayas tan horroroso que me solían prestar. Estaba ridículo. No se puede pasar de unos brazos a otros sin que haya un intervalo. Hay que esperar. La vida es esperar.

Dicen que la fantasía es algo que se inventa. Ahí supe que debería inventarme a mí mismo

¿Qué hacía buscando caminos que se cerraron al tránsito? ¿Poesía de papel, amapolas rojas que las marchita el frío, rumores múltiples en la noche para terminar humillándome con un triste lapicero? Lo peor de todo esto es que la culpa nunca cae al suelo.

El amor... Recuerdo que aquella mañana, una vez despiertos, sobre la cama reinaba el silencio, después de compartir alcoba y deseo. Paula, algo adormilada todavía, estaba girada hacia la ventana, lejana en la cercanía del colchón. Yo me hallaba al otro lado, casi en la misma orilla del jergón, con la mirada detenida en su espalda, esperando que se diera media vuelta, y me dijera algo, aunque no me gustase. Continuamos un rato más callados. La situación era tensa. Ya no nos quedaba tiempo porque el tiempo se hacía insoportable. Ambos sabíamos que algo se había roto en la madrugada entre el humo del cigarrillo y la conversación casi telegráfica mantenida en la oscuridad de la fría habitación. Quizás ya no nos queríamos demasiado. Quizás teníamos miedo de querernos. Quizás el concepto del amor sólo había tenido sentido en la distancia. Tú sabes que te estimo pero no sé lo que me pasa, me siento..., fue la frase más larga que salió de sus labios en toda la noche. En cuanto a lo que yo recuerdo haberle dicho con cier-

to fundamento se puede condensar en una pequeña línea: sabes que te admiro y que no te olvidaré. El resto fueron un puñado de monosílabos, propio de un lenguaje salvaje, intermitente, con la lámpara encendida, el latir apagado y la magia rota, como si fuéramos dos animales que no sabían cómo despedirse sin hacerse daño.

Desnudos, salimos a la vez de la cama y fuimos al cuarto de baño. Uno delante; la otra, detrás. Me metí en la ducha y corrí la cortina. El agua cayó sin cesar durante buen rato. Después de muchos minutos, cerré la ducha y cogí una toalla. El vaho empañaba el cuarto y... ¿Paula? Salí del baño, hice la misma pregunta dos veces más, miré por el salón, y, al entrar a la habitación, comprendí que se había marchado. Ni una nota..., algo olvidado... Nada. De regreso al cuarto de baño, me fui acercando al espejo mientras me secaba los cabellos y entonces descubrí una frase que jamás olvidaré: “el amor necesita de los sueños para ser perfecto”. La había escrito con el carmín de labios, el que usaba siempre: Revlon Súper Lustrous SPF 15. Los sueños, nada más y nada menos. No me hablaba de lanzar el corazón hacia delante y salir tras él para alcanzarlo. No. Hablaba de sueños. Como si gran parte de los sentimientos tuvieran una parte ficticia o un contenido onírico, como si amar

fuera andar eternamente en la cuerda floja, sin seguridad, sin algo concreto o concretado, al placer de las olas, de la vida convulsa, de los altos y bajos de las pasiones...Ir, venir, volver, coquetear con el odio, los celos... Con el paso de los días, he llegado a pensar que aquella frase puesta en su boca sonaba a falso, incluso que durante nuestra efímera relación jamás me dijo la verdad, temerosa de su privacidad, del abismo que le causaba la lealtad o quedar al descubierto. Por fin, aquella mañana, decidió ser sincera por una vez y durante un minuto. Fue detenerme en aquella caligrafía roja y nerviosa...

Siempre que actúa la nostalgia, no sé muy bien por qué pero, de una forma casi automática, sin proponérmelo, en el lugar menos pensado (un pub, una terraza, la peluquería, una emisora de radio...), de pronto suena *Feels so good* de Chuck Mangione. Entre lo hortera y lo sublime. Y, sin querer, también de pronto, inevitablemente, regreso a otros tiempos: de nuevo el amor, el viejo amor de siempre, como si ambos se enfrentaran en un duelo atroz, significativo. Se reaviva la lucha interior, mi mundo, el mundo que se fue o perdí, los trenes que no regresaron, los gestos irreconocibles de entonces, y las mismas sombras, que cobran vida y agrandan lo inalcanzable, que se hace aún más

imposible.

La vida es una suma de imposibles. Y entonces esa música hortera se vuelve dramática y su melodía me parece una conspiración. Y siento la ternura amenazada. Y percibo cierta frialdad por todas partes. Y me da por reír. Cuando trato de atrapar el alma..., cuántos demonios.

Durante unos meses, como si la luz nos hiciera daño, nuestro amor vivió en la oscuridad. Nos parecía más fácil morir que amar. Éramos dos personas que no teníamos ningún problema (ése era realmente el problema). Llegado el momento, nos dimos cuenta que nuestra libertad estaba temblando. Necesitábamos espacios, rincones donde gemir o esconder la historia, ventanas para mirar otros horizontes, y una cama vacía y sin sexo en la que encontrar las dudas.

Contar un secreto es como morir. Es una sensación muy emocionante que dura segundos. Luego hay que hacer por volver a la vida. Y eso ya no es tan sencillo. Recuerdo que en una de nuestras charlas, de una manera casi inconsciente, también indiscreta, le comenté, entre otras muchas cosas, algo así como que las personas insatisfechas sólo encuentran consuelo cuando se despeñan; que son aquellas que funcionan a ráfagas, como el viento; que los fracasados somos muy bue-

nos embelleciendo las cosas; y que, además de llevar muchos años sin rugir, sin que mi puchero yelmo hirviese a borbotones como en aquellos momentos parecía que estaba sucediendo, con todo y con eso, siempre tuve en mi mente una idea, algo así como un eslogan imborrable, sacado (casi lo podría asegurar) de unas notas de Lord Byron, y que venía a decir: “el día que me enamoré de mí mismo, supe que ese idilio duraría toda la vida”. A partir de ahí, como si un puñal la atravesara, todo cambió bruscamente. Se volvió distante, fría, reservada... Ahora sé que no hay que dejar que cualquier mujer se asome para ver al hombrecillo que llevamos dentro.

Aquella mañana sentí que Paula había desaparecido para siempre. Sus ojos tostados escondían mis palabras. Era como si la luz del sol saliese de aquellos ojos. Hay quienes piensan que una persona está feliz por la manera en la que la luz del sol le da en la cara. Yo, al contrario, y no sé muy bien por qué, los días soleados pienso en la muerte. Necesito la lluvia, el frío. Me parece algo urgente, a sabiendas de que, atravesado por la luz durante tantos días, me quedaré atrás. Y cuando eso sucede, uno se queda atrás para siempre.

El mundo es mucho más misterioso de lo que parece a simple vista y empeñarse en utilizar la

curiosidad para acercarse al otro, es tan perverso como peligroso, ya que esa actitud a menudo saca lo peor de la gente. La pelusa que se esconde bajo la alfombra humana debe quedar oculta entre el tiempo y el polvo para dejar que salga la esperanza. Insistir en buscar los trozos inservibles del individuo, es quedarse a mitad del tiempo, mientras la luz se detiene a mitad del invierno. Y eso fue lo que me sucedió con Paula.

Ha pasado el tiempo. Desde aquel mes en que la primavera comenzaba a dar estornudos hasta estos días en los que la luz clausura la tristeza, me resigno lentamente a olvidar su nombre. Pero lo que no se borra es el olor, sobre todo al caer la tarde, que, después de hacer un suspiro, ese olor azuza mi memoria como se azuza la lumbre. Y me calienta el ánimo. Y me hago poeta, aquí en este lugar extraño, al calor de la noche, donde la luna se retrata en las aguas y las esquinas no son más que siluetas misteriosas. Y una larga mirada enciende las mejillas y me vuelvo a sentir confundido, perturbado, sin aceptar que no se puede reemplazar a nadie, que lo que se pierde, se pierde. Llegan las horas, y más horas, y... ¿Qué sería la vida sin mentiras? No podríamos vivir sin ellas. Y sin indiscreciones. Y sin inseguridad. Aquel revoltijo de frases que le solté a Paula una tras de otra sin

pensar, a borbotones, eran fruto de mi inseguridad, de mis miedos. Todo improvisado, sin reflexionar, sin mirar dentro del significado de las palabras, que eran eso, palabras, porque yo quería estar allí: aquel era mi sitio. Pero el agua se hizo veneno y a Paula se le enredó el alma.

El encuentro, la primera impresión después de tanto, de todo, fue... Un par de besos, mucha impaciencia... Para cortar o atajar los nervios, trenzamos rápidamente unas cuantas risas. No perdíamos detalle el uno del otro. Todavía con timidez, a veces nos miramos a hurtadillas, pero ya más tranquilos. Con el primer brindis de la primera cerveza nos rozamos el rostro en un fugaz intento de besarnos. Íbamos rápido. Nos parecía impensable prolongar la agonía. Bebimos muy rápido lo que quedaba en los vasos, de un trago, y salimos de nuevo a la calle. Unos cuantos pasos más y, presos de la lujuria, tuvimos que detenernos en una fuente y, al compás del agua que caía, de su hechizo árabe, nos abrazamos. La gente salía del mercado, los niños jugueteaban, una señora estaba asomada desde su balcón... Y así anduvimos gran parte de la noche: varando en los acantilados de la ciudad para detener el frenesí antes de retirarnos al campo de batalla donde se desbocarían los caballos, cabalgando sobre el viento, en tanto que una mari-

posa abrió sus alas de oro para iluminar la acción y encender aquellos ojos *verdescanela*, que ya no se apagarían hasta el primer sueño, bien entrada la madrugada.

En estas noches gélidas, ya me he acostumbrado a no verla. Creo que podría vivir sin verla, pero sabiendo con certeza que está en algún sitio. Sé que algunas mañanas vivo con cierta angustia, que arrojo al suelo cuando paseo por las calles. A pesar de la luz, veo el cielo turbio. Quiero engañarme y que me engañen. Y, vestido igual que ayer, aquí estoy esperando. La vida te araña, te hiere, incluso te venera para después tratarte como un montón de basura. Y lo peor del caso es que para asistir a la representación hay que pagar la entrada, el canon por dejarte ver cómo huyen tus estrellas, por escenificar tu teatro, sin música, mientras el destino va narrando los pormenores y el apuntador recuerda los diálogos en voz baja para que, al comenzar, no se sorprenda el protagonista.

Presiento que algo se me ha escapado. O tal vez, visto desde una perspectiva más positiva, que la gata huyó a tiempo, como un amor volátil. Algunas mujeres disfrutaban con la caza mayor y no tratando de arrancarle el ingenio a un poeta del tres al cuarto. Y a los trofeos les sacan brillo. Y también sacan del armario el traje de chaqueta adecuado

para cada reunión a la que se asiste, y salir en la foto, si bien al desnudo la diosa podría parecer una Venus hambrienta y desnutrida. En aquel esqueleto quedaban los ojos. Y ya sabemos que una mirada es una estética.

No quiero hablar con rencor. Quizás no supe valorar el momento. Es como si en una pareja uno quiere volar y otro andar por la tierra. O, más que andar, subir por las escaleras que llevan al salón de plenos del poder, bien sea en palacio o en una multinacional. Y para eso hay que llevar tacón de cristal, medias de cristal, y corazón de hierro. Y abandonar la moral en casa. Pero no se lo reprocho. Luego llega el pez gordo que entra por el hall y olisquea la presa (pobre iluso, cuando no sabe que la presa es él), y pregunta a la secretaria por la señorita que espera. La hace entrar al despacho sin que guarde el turno ni más protocolos, y la dama que desenfunda todas sus armas de mujer, para matar al atrevido ejecutivo con un solo disparo de su mirada. Lo apresará, lo tirará por lo suelos, le arrebatará la familia, y le hará que se consuma en una tragedia lenta y decimonónica, invadido por los celos, pidiendo clemencia, misericordia... ¡Voilà! Tercer acto y final. Y de ahí al retiro del hogar, a recomponerse, a pensar en la siguiente jugada, mientras los cadáveres huelen a podrido y ella a Chanel barato

del *topmanta*. Pero da el pego, como lo da escribir con el lápiz de labios Revlon dos frases estudiadas para cada ocasión. Claro, esto lo sé ahora, tarde, siempre tarde. Si lo hubiese sabido entonces... Otra cosa es tener la suerte de encontrar una buenísima persona, casi analfabeta, que se entrega, que te ama, que se acurruca y te hace hombre, con dignidad, sin mentiras, sacándote la sabia y la verdad que llevas en la sangre, perfecta compañera para atravesar este mundo perdido, más allá de la luz, bajo la interminable lluvia, subida sobre tus zapatos para llegar a tus labios, y sin importarle tus miedos, tus hipos, tu pobre condición de soldado, de poeta instalado en el fracaso. A eso se le llama suerte (yo creo que una vez me topé con ese tipo de suerte, pero he de reconocer, no sin reproches, que en ese preciso momento yo estaba mirando para otro lado o muy despistado. Y esto también lo sé ahora: tarde, siempre tarde). Pero queda claro que el ser humano necesita ser domado por la inteligencia. Lo carnal nos sacia, nos llena en seguida. Por eso necesitamos cicuta, engaño, dudas, mentiras, perversidades que pongan el motor en marcha de la inseguridad. Intentando hallar ese imposible, iremos directos a la lucha, a la búsqueda de esa bola de fuego que llene nuestro vacío, de donde saldremos abrasados, pringados hasta las orejas

como en el mejor cine de los setenta o en las poesías malditas, llegando casi a ser criminales por amar. Y un día la llamaremos perversa, corruptora, puta..., y al día siguiente adorable, maravillosa, sagrada. Y en esa inestabilidad nos iremos dejando lo mejor de nosotros mismos. Es la lección, el examen, casi inevitable, para después reposar como un viejo guerrero y poder contar esas vainas con tranquilidad. Y respecto a lo de encontrarme con la suerte... Ya ha quedado dicho: andaba tan distraído que... Miento. Porque por aquel entonces, muy a menudo me imaginaba a mi vecina, que tenía sus más y sus menos, disfrazada de putita. Me la imaginaba subiendo las escaleras delante de mí. Se paraba en uno de los rellanos, giraba la cabeza y en menos de un segundo me había fotografiado: la boca, la bragueta..., y, desde ahí, muy lentamente, iba subiendo por el pecho hasta llegar a mi mirada, donde se detenía fijamente, como si quisiera hipnotizarme. Si no lo conseguía de manera rápida, entonces me guiñaba el ojo. Seguíamos subiendo (cosas de la juventud y de la inexistencia de ascensor) y cuando le preguntaba cuál era su veneno, siempre me contestaba: los hombres. Unas veces atendía por Victoria y otras por Marina. Todo dependía del amante o del novio de turno. Era tan diminuta que en ocasiones no la encontraba entre las

sábanas. Y no era la persona inocente que aparentaba ser. Podría decirse que se trataba de alguien superficial que tenía concentrados todos sus recuerdos a la altura del sexo. Se dedicaba a uno de esos trabajos que no viene recogido en La Biblia: limpiaba cristales. Tenía su aquél y un cierto morbo: enjuta, prieta de carnes como una bola de golf, una grupa tremenda sobre la que cabalgar, un pubis muy poblado de vello y sus pechos firmes apuntando al firmamento. Pero la metralla la guardaba en la boca, con una lengua bífida, perversa, y pegajosa como la de un camaleón, que atraía cuanto le apetecía o aquello que le parecía sabroso: rico de comer. El resultado o la suma de resultados daba un montante explosivo que saltaba hecho añicos al primer contacto con aquella mujer tan cristalina, con aquella “fregatriz” que se limpiaba el culo con las hojas del libro sagrado, dado que su oficio no venía recogido en esas páginas tan santas. Cada día consumía de dos a tres hojas y un puñado de hombres ávidos de carnaza, de metralla, de guerra, que terminaban izando la bandera blanca, rendidos a sus pies y a sus encantos. Y excepto este breve recordatorio, debo admitir y repetir que en aquellos momentos andaba bastante despistado, mirando para otro lado o, de lo contrario, no se entendería mi actitud con un regalo tan fron-

doso, deferencia inestimable de la naturaleza.

Paula, sin embargo, era delgada. Tenía seis años más que yo (algo que nunca me importó demasiado; siempre pensé que un hombre tiene la edad de la mujer a la que ama). Estaba divorciada y tenía un hijo de dieciséis años. Su marido, a la sazón emperador o barón de un partido político, se había salido del pentagrama y acabó de jardinero en el Retiro, por traer a colación un símil con Puyi, último emperador de China, y la concubina voló hasta las alturas de un despacho aupada por otro barón que se había prendado de ella. Trote y doma, y temple, y buena mano con quienes necesitan limpiarse las babas en la falda de su verdugo. Por eso iba tanto a la tintorería: cada día una falda. La ropa interior no. Le gustaba lavarla a mano porque, según decía, en ella quedaba el olor de los perdedores. Siempre tenía su conciencia en remojo y, de vez en cuando, la ponía en la centrifugadora: one-gés, Unicef, asociaciones de minusválidos, la igualdad de la mujer... Le iba eso de luchar por causas perdidas, sin caer en la cuenta, quizás, que la única causa perdida era ella. Y estoy casi seguro de que yo fui el eslabón de una cadena que no unía con ningún punto. Y entonces, sin continuidad, el juego se detenía donde no le convenía. Mejor tirar el eslabón y buscar otro perdido entre la chatarra, donde

siempre suele haber alguno disponible y oxidado, que también sirve para engancharse a la parte sucia de la vida, que es la que trae el éxito y el prestigio. Ha sido una de las pocas personas ante las que me he sentido culpable: por no detenerme e intentar refugiarme bajo cualquier techumbre (aceptar que hemos de vivir en soledad me parece la mayor dignidad).

La vida siempre tan presente como el amor, esa felicidad que muchas veces dejamos en manos del otro, porque el amor nos acerca, de alguna manera, a la muerte y nos aleja del tiempo. No es la primera vez que pienso que nuestro corazón no puede ser el juez o el mediador entre las manos y la cabeza. Lo de la afinidad entre los enamorados no es más que un cuento. Y lo del perdón una pose. El amor es supervivencia y puro egoísmo. Inspirar hasta perder la dignidad. Cortejo y apareamiento. Arte. Sol y tierra, más un cuerpo, todo en un acto. Comienza la guerra; comienza el juego. Eso cuando el ser amado no es un espejismo o una pera inalcanzable en todo lo alto de una rama. Y el sexo un deporte o un entretenimiento que crea ilusiones momentáneas. Los amantes se mienten como nunca y se llenan de promesas que se enfriarán en cuanto salgan a la calle y caminen abrazados. Eso si no se enfrían antes. Por lo tanto, sólo queda el

instante. La vida es un mosaico de instantes Ha de saberse, y comprender, y aceptar (es tan aconsejable como positivo), que uno vive solo, en conjunción con los demás, sí, pero en la distancia del tiempo, de las ideas. Compartir unos sentimientos y un deseo no otorga ningún derecho a transformar dos estatuas que han surgido del mismo mármol (color, dureza, brillo...) en un objeto bello y particular. Esto sucede tan a menudo... Conocemos a una persona y rápidamente queremos que no fume, que se ponga otra blusa porque la que lleva no nos gusta, que crea en los ángeles, que le guste el mismo tipo de música... Y lo peor: se llame como se llame, nosotros le inventamos un nombre, la rebautizamos: Gordi, Cuchi, Mi Amor, Cariño, Papi... Estos, entre los más cursis, pero los hay que, tomando como base el nombre de pila o el primer o segundo apellido, pasan directamente por el molinillo de la inventiva del enamorado de turno y se puede esperar lo peor: Billy de Guillermo; Buba de Fernando; Kela de Carmela; Conchitina de Concepción; Mardehierba de Mar Flores; Evag de Eva García... No hace falta recordar que la venganza se sirve en copa fría y que esta actitud es un error, nacido de un carácter posesivo e infantil ¿Cómo estás Conchitina? ¡Ay, no me llames así. Me recuerdas a mi "ex"! Ni tan siquiera puedo estar de acuerdo con

Italo Stevo cuando dice que uno de los primeros efectos que tiene la belleza femenina sobre un hombre es que le quita la avaricia ¿Cuántas veces no hemos escuchado que tal o cual señora tiene al marido encoñado y ha hecho de él un pelele, “obligándole” a vivir en la abundancia, por lo que al susodicho señor no le ha quedado otro remedio que delinquir con guante blanco o sin él? Lo que realmente le quita una mujer a un hombre (o viceversa) es la ansiedad. Y el frenesí. Hasta ahí. Y respeto de la avaricia... Lo que se pierde de vista con ella es toda relación con el ser humano: la sociabilidad. Y el matrimonio, que yo sepa, no es un fin, es un comienzo. Sólo hay que ir a las estadísticas para saber cómo acaba.

Los sentimientos dejan de brillar con la rutina, con el conocimiento profundo del otro, al descubrir que es un ser humano cualquiera, con sus defectos, contradicciones... Nadie es especial. La especialidad la otorga la muerte. El individuo deja de existir y queda su recuerdo (y no siempre), que guardamos, junto con alguna fotografía, en un lugar seguro pero sin que estorbe a la hora de volver a empezar y salir al mercado a consumir cuerpos para satisfacer ese espíritu tan voraz y caprichoso. Cuatrocientos cuerpos. Con amor o sin él. Cuatrocientas veces con la misma persona hasta el

agotamiento, hasta eliminar el rencor, la pena y el luto. Luego el olvido. De nuevo la rueda, porque todo es cíclico y, sin embargo, nos empeñamos en avanzar en línea recta, de la misma manera que la sombra de los trenes que pasan por mi ventana. En la noche. Nocturnidad y alevosía. Sin saber que la noche es capaz de echarse en manos de cualquier ilusión. Luego uno se apaga como las luces de tungsteno y se nos enciende la luz de la reserva que nos avisa de nuestros límites. Regresamos a casa destrozados como la lámpara mágica que nos hizo soñar y que el taumaturgo ha dejado caer de súbito, invadido por el descrédito, la desazón. Y ahora toca inventar otro talismán. La cuestión es tener una quimera cerca, pegada al horizonte. De lo contrario la vida se hace cuesta arriba. O cuesta abajo. Vete a saber. La cima, la cresta, la ola... Nadie tiene credibilidad eterna.

Todo cae. Y el amor queda desnudo, a la intemperie, exhibiendo sus grandezas y también sus vergüenzas. Sin pudor, sin razones que continúen magnificando su grandeza. El mito: los mitos. El amor es como comer pero sin necesidad de sentarse a la mesa. Ni que el producto a engullir tenga que ser ecológico. Es suficiente con que esté limpio. Luego un poco de música con la que ponerle algo de ritmo al sexo y un cigarrillo para que el

humo ciegue la verdad. Las mentiras, piadosas o no, se sirven como postre, en tanto se visten.

¿Me lo podía imaginar así o estoy exagerando? La imaginación es la que mueve las montañas e incluso mueve hasta la cama y lo acontecido en ella, puesto que minutos más tarde hay que salir a contarlos para que los hechos cobren sentido para esos malos actores (el silencio es el arma de todo aquel que se considere un caballero). Eso sí, es de obligado cumplimiento desvirtuar al máximo la realidad. Pasó lo que no pasó. No importa. Pasó algo y hay que inflarlo como se infla un globo. Es la forma que tiene de reivindicarse el delator, que sólo enmudecerá para siempre el día que ese globo le explote en la cara y vea su sombra. Es un fenómeno mimético: explota al chocar con la verdad. Y se desploma hasta el suelo como una birria de goma o cualquier castillo de naipes. Al fondo escucharemos un sollozo. Son lágrimas para lavar el tiempo perdido.

Mañana empieza hoy

2

He aquí otra pieza, unas pinceladas sobre lo que me agrieta y me conmueve, no con la intención de convencer, ni de despertar a nadie. Seguramente que cuando yo hable la gente duerma; y cuando despierte, yo sueñe. A sabiendas de que la razón son muchas cosas distintas. Y que uno se pone a escribir por no ponerse a matar moscas, si bien para escribir hay que vivir herido. Y no esconderse cuando se enciende la luz o enroscarse como una serpiente ante los miedos. Ni convertirse en un ladrón que roba palabras. No deseo llenar mi mente de bichos engañándome. Sólo cazar el brillo de esta luz que ciega mis ojos, cuando el

invierno se marcha a dormir entre los árboles. La misma que, al día siguiente, vagará por las tierras y los manantiales, por encima de las montañas, las terrazas y los tejados de la ciudad, e iluminará gradualmente, según las horas, el comportamiento de los animales en el campo y de las personas cuando se muevan por las avenidas, a quienes la luz divisará formando a lo lejos una multitud de arañas. Ni una sola nube, desde donde vendrá la luz. Y las gentes seguirán caminando deprisa, huyendo de lo invisible, sin tiempo para detenerse y conversar, para cogerse de la mano, mirarse y sonreír. El caos. O un caos sin tiempo donde reinará la indiferencia: todos se verán pero nadie se mirará, encogidos de hombros, resignados en su particular soledad, moviéndose como una plaga, por inercia, asustados, sin encontrar un camino que los conduzca donde las cerezas son libres, los pájaros vuelan y el hinojo perfuma la ladera por la que corren las piedras hacia el agua del río. Y cuando la noche se haga solemne, correrán las cortinas y encenderán la televisión para no ver el guiño travieso de la luna, tirados como reptiles en un sofá, mientras sorben algo caliente que envenenará el entorno de repeticiones.

El cielo del invierno es como un gran espejo contra el que choca la retórica de siempre, la basu-

ra ideológica, la metralla intrascendente, el deporte del verbo que echa otro remiendo en la camisa destrozada del ciudadano, que no es más que un trapo a cambiar en las rebajas en las que se venden pasiones primitivas: unas telas por unos papeles, una ganga por un doblón, una bolsa de monedas por una ilusión. Y la ilusión de muchos llena la arcas de unos pocos. La misma bagatela que cuando el mundo era joven. La historia, para seguir siendo siempre la misma, es la encargada de tachar el tiempo con tal de que no se sepa lo que viene, si bien hemos de reconocer que todo está programado, incluso el retroceso. Los conceptos andan enzarzados en una lucha mortal (modernidad y sabiduría) como dos nubes, una negra y otra blanca, que chocan en el cielo. Y al relámpago le sigue el trueno, el ruido, el llanto de la barbarie, la lágrima de la luz que da paso a las tinieblas sin que sepamos si tendremos mañana. Y con el ruido se despierta el niño, y el viejo huraño refunfuña porque se le acabó la siesta, y los amantes dejan de destruirse físicamente y se hacen un ovillo intentando inventar el amor. Y el prócer se lava las manos con la pastilla de lavar la ropa, la misma que utilizan sus hijos para enjabonarse el cuerpo, evitando así dejar sus huellas blancas y traidoras entre la nueva espuma. Busca que se confunda todo con tal de no

ser juzgado por lo evidente. El mundo es un baile en el que hay que abrirse paso a empujones. El mismo vals de siempre, tan antiguo.

El invierno no es más que una suma de despropósitos. La gente reparte su tiempo entre fiestas para adormecer al animal indómito que lleva dentro o haciendo largos viajes en busca de limpias playas en las que poner a tostar su cuerpo sobre la arena con tal de que desaparezca el blanco fúnebre que suele proporcionar la vida, tan repetitiva. Pero sin pasarse, ya que el negro es el color de la esclavitud. Esa gente no sabe que también es esclava, aunque le hayan dicho lo contrario en un libreto que le echaron en el buzón gratuitamente para que leyera las condiciones, que nunca se cumplen. Ni tan siquiera tuvo la curiosidad de ojear el dichoso glosario. Por lo tanto, desconoce cuanto dice toda esa literatura rancia que no sirve más que para controlar parte de la condición humana. El mundo es una cosa de mucho libreto, como la ópera. Cuatro frases y..., el éxtasis, la rendición. Pero hay que tener muy claro que lo único que define a la esclavitud es el miedo, que es la distancia que hay de la luz a las sombras que tenemos dentro. Y en esa disyuntiva, unos personajes opinan que el mundo es una prolongación de la nada, y otros, los más realistas, que la vida es una derrota aceptada, algo

que ya dijera Adriano en su día. Personalmente creo que la existencia es una mala batalla que he de librar, mientras consumo el silencio, vivo a gatas, a tientas, en un camino al que, cuando me asomo, siento vértigo. Y sé que lo que escribo para mí es mejor que lo que escribo para los demás y que jamás cumplo esa regla que dice que una frase no debe de comenzar por una “y”. Escribo con el corazón y corrijo con la cabeza. Mi destino favorito es viajar al pánico. Lo gracioso del caso es que en cuanto te deslenguas, en seguida salen unos cuantos amigos a hacer de psicólogos mientras te dan unos golpecitos en la espalda, intercalando un poco de humor, más unas cervezas, el no te preocupes, y esas explicaciones tan manidas. Pero lo que realmente llega a continuación es la soledad, como siempre, dispuesta a comerse tu piel, tus escamas, mientras la moral se pone a fregar el suelo. Y mientras friegas tu sombra va cubriendo la parte mojada.

Vuelve el circo que han montado los políticos y suenan los himnos, como si el universo tuviera que descansar sobre una canción. Continúa la farsa, entre Hamlet, cuatro cómicos y un clásico. Pero sabemos que detrás de nosotros no hay nadie. Somos los hombres desnudos que nos preguntamos adónde vamos. La demagogia sigue

manchando todas las verdades del mundo. Es la hora de los inoportunos, de los vagabundos con los pies descalzos, de los que andan de puntillas con los zapatos en la mano, mientras miran cómo el viento ondea la hierba componiendo la única bandera que crece en el sitio que le corresponde. Es la hora, sí, pero ésta nunca llega. Y menos para todo ese batallón de inmigrantes que vinieron a Madrid para vestirla de hojalata y *uralita*, subidos al andamio, empujados por el hambre. Y muchas veces se quedaron masticando las palabras, con sus pesares dentro, su desánimo dentro.

Sigue cayendo el telón de la noche. La ceniza del cigarro es como una sombra. Los trenes pasan. Más concretamente, pasan sus sombras. Soy un candil en la noche y una luciérnaga cuando atravieso el salón. Y Dios es otra sombra. Y el número 13. Y el enemigo de la sombra es la libertad. Y Otelo un fantasma. Y la sinceridad, otra palabra. Y la luz es la sombra de la mente. Y febrero tiene una sombra amarilla. La del amor es azul. Y... Recordemos a Píndaro: “El hombre es el sueño de una sombra”. Sueños, colores, fantasmas... Me viene a la memoria... Mi padre anda más callado que nunca a sus ochenta y muchos. Enmudecido, avergonzado de envejecer, como si le hubiera caído una sombra encima. Yo no quería que me

cayese y por eso vine aquí, como todo romántico lleno de demonios, para escribir bajo la luz de las circunstancias, que suele realzar lo cotidiano y lo hace extraordinario. La tierra ya no es un mosaico de lugares, sino un lugar en el que alojarse. Y el alquiler es carísimo. Un lugar en el que las palomas aplauden cuando echan a volar. Y si, como dijera Salinger, escribir es una de las pocas vías para escapar de los horrores de una vida convencional, cuando pierdes el amor de tu vida, el resto es bailar claqué. El universo está diseñado para que te rompan el corazón. Me siento una muñeca caducada. Si fuera un pintor... Ahí está el problema: los colores pueden significar lo que uno quiera; las palabras no. Las palabras como la vida necesitan tener sentido porque, de lo contrario, como en las malas películas, los techos se derrumban a espaldas de los héroes. Sólo hace falta valorar el riesgo, tener un mundo y algo de clase. Entonces, puedes atreverte a contarlo. Lo único realmente necesario es tiempo. Y, más que talento, buen gusto.

Mi voluntad había sido siempre esconder mi vida. Quería asistir al tiempo en secreto. Fuera de la tierra. Tenía marcado en mi frente aquello que dijo Rimbaud: “la vida es la farsa que se desenvuelve con ayuda de todos”. No estaba capacitado para dirigir la empresa que lograría bucear en el otro.

Tampoco estaba preparado para abrazar cada una de las dificultades como quien acepta una invitación para una fiesta. Ni había aprendido a ser flexible con la tiranía del pensamiento, ni a reírme de las ceremonias vacías. En cierto modo, no sabía ser un buen viejo, a pesar de la edad, porque un viejo ni miente, ni perdona, ni inventa. Yo no estaba preparado para ser un árbol que daba sombra al tiempo. No aceptaba los límites de la vida. Sí, deseaba apresar la luz, mi luz, pero bajo ningún precio. No progresaba. Retrocedía. El mapa de mis sombras esperaba. Y en ese juego —por llamarlo de algún modo— siempre aparecía el silencio (o venía a estorbar). Lo que sí sabía —sin dudarlo— era que yo era un animal del tiempo y que tenía que trazar un camino arrancándome la piel y exprimiendo el lenguaje. Pero mi corazón seguía repleto de sombras. Tuve que esperar. Comenzaba; lo dejaba. Y esa acción se repetía hasta el infinito. Pero llegó un buen día en el que me dije: —“Mañana empieza hoy”.

Aquellas sombras se convirtieron en mis amantes y, por el día, hacían el papel de esposas. Estaba realmente asustado (todo hay que reconocerlo), ya que todas juntas me parecían la gigantesca sombra de un águila volando sobre el límpido cielo. Todo era gris. Y si me movía, se movían mis

amantes, tras de mí, como si quisieran violarme. Y si me acercaba a la ventana, se duplicaban los efectos, conjuradas con las sombras de los trenes y la sombra majestuosa de la luna. Se atraían como imanes. Quería hacerme un ser invisible. Negaba mi carne y mis ropas. No podía hacerme a la idea de lo que significaba aquello. Muy pronto caí en la cuenta. Una de aquellas sombras (seguramente se trataría de la portavoz), se colocó tras mi nuca y me dijo: — “Señor, ¿cuándo empezamos?”. El susto fue... Una sombra convertida en persona ¡¡¡Y hablaba...!!! Vestía negro riguroso, por lo poco que pude ver de reojo. Su pregunta dio en la yugular; atacó mi orgullo. En minutos, debía considerar la apuesta y volver a entender el mundo, y reaparecer. Y escarbar en mi realidad. Tomé un taco de hojas en blanco y me puse manos a la obra. Segundos antes de comenzar, estuve a punto de releer *El mito de la caverna* de Platón, recogido en el libro VII de *La República*. Puesta ya sobre el papel la primera piedra, la primera línea, rechacé de plano esa opción. Tenía mucho trabajo. Me esperaba un largo y oscuro camino cabalgando a lomo de mis sombras, entre el tiempo, que pasaría a ser un paisaje. En cierto sentido, sabía que yo también me convertiría en un paisaje.

He pasado el invierno escarbando en el des-

tino de un hombre sencillo. He caminado al lado de un monstruo, de un bello animal. Ya no hay lazos que me aten a nada. La memoria ha ido a parar al cesto de los papeles para que el corazón no se agriete de nuevo y cruja como un iceberg. He pasado estos fríos encerrado en un sombrío y horrible confesionario, escapando de las cadenas del egoísmo. He dejado de vivir estremecido para poder venir hasta aquí desde el fin del mundo. Mis días perdidos servirán para encontrar lo que todavía no he visto. Me despido con un solemne adiós, esperando que la vida me visite en otro momento más idóneo.

Villa de Acuelina, 28 de febrero de 1.998

ÍNDICE

ÍNDICE

	Página
TRAZOS	
Primera parte	9
Segunda parte	49
Tercera parte	79
TROZOS	
Monólogos:	
Primero	109
Segundo	119
Tercero	131
Cuarto	141
Quinto	151
Sexto	161
Séptimo	173
MAÑANA EMPIEZA HOY	
(a modo de epílogo)	
Parte 1	177
Parte 2	203

Trozos *Trazos* es un desafío al olvido y al tiempo. Una obra donde la memoria es un laberinto de palabras de ese hombre que busca y que, cansado, se detiene ante sí mismo como un viejo barco antes de pudrirse en las esquinas de la indiferencia.

Trazos es como uno de esos cristales donde se multiplican las sensaciones: tres dibujos fugaces de eternidad, cronometrados por un reloj humano. Trozos es amistad, confesiones más allá de los límites ... Los siete monólogos de los que consta, son como esas botellas que arrojan al mar los naufragos.

Trozos *Trazos*, diario de un instante, surge de entre las sombras para encontrarse con la luz en un duelo etéreo.